

Carmen Luisa Domínguez Mujica

Sintaxis de la lengua oral
Oralidad y escritura:
dos objetos y una lengua

Universidad de Los Andes
Grupo de Lingüística Hispánica
Mérida-Venezuela
2003

Índice

1. La lengua: <i>punto de apoyo satisfactorio para el espíritu</i>	3
2. <i>El tiempo es la sustancia de que estoy hecho</i>	14
3. La sintaxis: <i>lo que pasa en el alma del que habla</i>	22
4. De oralidad y escritura	29
5. Sintaxis de la lengua oral	45
Referencias bibliográficas	49

Título de la obra: *Sintaxis de la lengua oral. Oralidad y escritura: dos objetos y una lengua.*
Autor: Carmen Luisa Domínguez Mujica

© Grupo de Lingüística Hispánica
© de la autora

Editado por el Grupo de Lingüística Hispánica (GLH) del Departamento de Lingüística de la Universidad de Los Andes

1. La lengua: *punto de apoyo satisfactorio para el espíritu*

La materia de la lingüística está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano, ya se trate de pueblos salvajes o de naciones civilizadas, de épocas arcaicas, clásicas o de decadencia, teniendo en cuenta, en cada período, no solamente el lenguaje correcto y el «bien hablar», sino todas las formas de expresión. (Saussure 1973:46)

Así se funda la lingüística, así comienza Saussure la exposición con la cual se hace esta ciencia, al mismo tiempo universal y detallista, sin prejuicios sobre las variedades que evidencia su objeto de estudio.

Sin embargo, puestos a hacer ciencia, en los comienzos del siglo pasado, es necesario concebir un objeto de estudio que sea homogéneo, pues todas las manifestaciones del lenguaje humano, tomadas en su conjunto, se presentan de golpe como “multiformes y heteróclitas, a caballo en diferentes dominios”, y el lenguaje “a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos porque no se sabe como desembrollar su unidad” (Saussure 1973:51).

Se impone entonces la famosa búsqueda de un “punto de apoyo satisfactorio para el espíritu” (y para la ciencia), búsqueda en la cual, como única salida aceptable, se impondrá, a su vez, la lengua. Y es así como se establece la dicotomía que hace también del lenguaje una entidad de “dos caras”: por un lado, la lengua y, por el otro, el habla. De estas dos, será la primera la que ocupe el lugar preponderante. Abstracta, colectiva, sistémica y opositiva, homogénea y considerada sincrónicamente, la lengua será el objeto de estudio.

El habla, por su parte, se define desde este primer intento como la contraparte individual, aquella en la que el hablante se puede reflejar sin atentar, sin embargo, contra la homogeneidad de la lengua. El habla será, desde entonces, “un acto individual de voluntad e inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1°, las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2°, el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones” (Saussure 1973:57).

Las consecuencias que se derivan de esta concepción tienen varios efectos en el desarrollo de la lingüística. Si se mira en los términos de su exposición, notaremos enseguida que Saussure está dándole derecho de existencia a la consideración del habla y, en ella, a la sintaxis y a la fonética, pero las reduce, al mismo tiempo, al estudio de las decisiones de los hablantes, esto es, dos niveles de la realización que operan fuera de la lengua y, por lo tanto, aun siendo objeto de la lingüística, no tienen cabida en el sistema. En realidad los hablantes pueden tomar decisiones, es cierto, sobre el modo como organizarán sus mensajes y, también, en algunos casos, podrán decidir entre una realización más

cuidada o más relajada, ahora bien, estas decisiones no se toman fuera de la lengua pues, de lo contrario, sería la propia inteligibilidad de los mensajes la que se comprometería, esto es, si el hablante tomara decisiones particulares, dependiendo únicamente de su “voluntad e inteligencia”, sin tomar en cuenta su lengua, haría probablemente mensajes inusitados y, por esta misma razón, incomprensibles. Así, incluso el poeta, ese hablante de inventiva e inteligencia particulares, hablante de mensajes inusitados, debe realizar su condición de poeta en su lengua, con su lengua. De esta manera, en la perspectiva de Saussure, la historia de la lingüística comienza por la fonología y la morfología, sistémicas y discretas, evidencia cierta de que, en la lengua, todo es forma y nada es sustancia. Y es así como, apegada a la forma, al sistema y a las oposiciones discretas, con la serenidad de tener un “punto de apoyo satisfactorio para el espíritu” taxonómico, la lingüística de la primera mitad del siglo veinte tendrá su objetivo y su objeto.

El habla se convierte así en un medio para llegar a un fin, la contraparte necesaria para la comprensión de los hechos del sistema, todo aquello que, por contraste, permite mostrar la estabilidad de la lengua, su homogeneidad, la constancia de sus unidades que no se compromete en una realización que no puede ser sino variable, o “individual”, pero que, aun siéndolo, no afecta la identidad del sistema.

Saussure estará de acuerdo en que lengua y habla no se pueden separar sino metodológicamente, con intención científica, pero insiste en la necesidad de separarlas nítidamente:

La lengua es necesaria para que el habla sea inteligible y produzca todos sus efectos; pero el habla es necesaria para que la lengua se establezca; históricamente el hecho de habla precede siempre. ¿Cómo se le ocurriría a nadie asociar una idea con una imagen verbal, si no se empezara por sorprender tal asociación en un acto de habla? Por otra parte, oyendo a los otros es como cada uno aprende su lengua materna, que no llega a depositarse en nuestro cerebro más que al cabo de innumerables experiencias. Por último, el habla es la que hace evolucionar la lengua: las impresiones recibidas oyendo a los demás son las que modifican nuestros hábitos lingüísticos. Hay, pues, interdependencia de lengua y habla, aquella es a la vez el instrumento y el producto de esta. Pero eso no les impide ser dos cosas absolutamente distintas. (Saussure 1973:64)

No hará falta pues sino sumar: sumar experiencias para adquirir la lengua materna, sumarlas luego para modificar nuestro conocimiento del sistema, sumarlas por último para conocer el modelo colectivo, LA LENGUA, esa abstracción de abstracciones en la que, por último, se apoyará nuestro espíritu (y nuestra ciencia).

De famosas comparaciones para establecer sus conceptos, Saussure comparará esta dicotomía con la que se puede evidenciar entre una sinfonía y su ejecución, en la cual “las faltas que puedan cometer los músicos no comprometen lo más mínimo esa realidad” (1973:63). El habla, además de relegada ante la primacía de la lengua, ratifica así la imagen que ha arrastrado durante siglos (y

todavía cargará consigo un tiempo más): es “multiforme y heteróclita”, llena de olvidos, equivocaciones y arranques en falso, la ejecución deformada, por la individualidad y los individualismos, de un hablante poco “ideal” que, aunque domina el instrumento, no puede liberarse de esa otra condición de su humanidad: por una parte tiene la lengua para distinguirlo de las demás especies, por la otra, su capacidad de errar.

De esta forma, el habla ya no será oral sino escrita, porque

además, los signos de la lengua son, por decirlo así, tangibles; la escritura puede fijarlos en imágenes convencionales, mientras que sería imposible fotografiar en todos sus detalles los actos del habla; la fonación de una palabra, por pequeña que sea, representa una infinidad de movimientos musculares extremadamente difíciles de conocer y de imaginar. En la lengua, por el contrario, no hay más que la imagen acústica y esta se puede traducir en una imagen visual constante. Pues si se hace abstracción de esta multitud de movimientos necesarios para realizarla en el habla, cada imagen acústica no es, como luego veremos, más que la suma de un número limitado de elementos o fonemas, susceptibles a su vez de ser evocados en la escritura por un número correspondiente de signos. Esta posibilidad de fijar las cosas relativas a la lengua es la que hace que un diccionario y una gramática puedan ser su representación fiel, pues la lengua es el depósito de las imágenes acústicas y la escritura la forma tangible de esas imágenes. (1973:59)

La suerte está echada. La lingüística ha ratificado como suya a la escritura, ese otro objeto homogéneo, de realizaciones estables y, en cualquier caso, más tranquilizadoras que las heteróclitas y humanas formas del decir oral. La escritura seguirá siendo concebida como el reflejo idéntico, la representación fiel de la oralidad y, en un extraño juego de espejos, será el modelo del “bien hablar” ante el cual la oralidad, por contraste, aparecerá cada vez más variada, heteróclita, deformada o deformante, y ya no podrá reflejarse. Se separan definitivamente sus territorios, la lingüística de la lengua tendrá lugar.

Célebres, entre otras cosas, por sus discusiones teóricas de las dicotomías saussureanas, los lingüistas del Círculo Lingüístico de Praga opondrán esta definición de su objeto:

La lengua, producto de la actividad humana, comparte con tal actividad su carácter teleológico o de finalidad. Cuando se analiza el lenguaje como expresión o como comunicación, la intención del sujeto hablante es la explicación que se presenta con mayor facilidad y naturalidad. Por esto mismo, en el análisis lingüístico, debe uno situarse en el punto de vista de la función. Desde este punto de vista, *la lengua es un sistema de medios de expresión apropiados para un fin*.¹ No puede llegarse a comprender ningún hecho de lengua sin tener en cuenta el sistema al cual pertenece. (Tesis de 1929, en Trnka y otros 1980:30)

¹ En las citas a las “Tesis de 1929”, los subrayados son de los autores.

También esta es una cita fundadora, con ella se abren las “Tesis de 1929”, donde los praguenses presentan su programa de investigación, las líneas de su quehacer. En ellas, “la lengua es un sistema de medios de expresión apropiados para un fin”, y estos medios no están separados de su realización. Al revés que para Saussure, para los praguenses la lengua será el medio y el habla su finalidad, la lengua será el medio y la actividad comunicativa su función. Parece que se mantiene la dicotomía pero cambia el valor relativo de los términos y este cambio, en realidad, anula la dicotomía, pues el habla no aparece como distinta de la lengua, no es otra cosa, y no se puede estudiar la una sin la otra. Estudiar el habla sin considerarla una realización de la lengua, equivaldría a enumerar las variedades y comentar lo que de “individual” o “exótico” puede haber en ella pero “no puede llegarse a comprender ningún hecho de lengua sin tener en cuenta el sistema al cual pertenece” y, al mismo tiempo, no puede entenderse el sistema sin considerar su funcionamiento,² “su carácter teleológico o de finalidad”.

El interés de la lingüística deberá ser, entonces, desde esta perspectiva, la determinación, la descripción y la explicación de todo aquello que, en la lengua, en su realización, pueda establecerse como opositivo, todo aquello que pueda establecerse como funcional.

Más que Saussure, son los praguenses los que seguirán la afirmación saussureana según la cual “la lengua es necesaria para que el habla sea inteligible y produzca todos sus efectos; pero el habla es necesaria para que la lengua se establezca; históricamente el hecho de habla precede siempre” (*op. cit.*). El habla será, como siempre, el lado observable para el lingüista, su realidad tangible, pero no habrá nada en el habla que no pueda considerarse como parte de la lengua, y viceversa, no podrá concebirse en la lengua nada que no aparezca como funcional en el habla. En este vaivén se hace la lingüística funcional.

Se entiende, desde esta perspectiva, que uno de los más influyentes lingüistas del Círculo Lingüístico de Praga, Roman Jakobson, haya resumido la investigación con la que sustentó la lingüística del siglo XX en los siguientes términos: “La constancia en la variación: es el tema dominante, pero también la herramienta metodológica subyacente de mis trabajos, ciertamente diversos pero homogéneos” (1984:155).³ En esta afirmación “autobiográfica”, Jakobson nos da la clave para entender su diversa e influyente obra lingüística, pero también nos muestra al ideólogo fundador del Círculo praguense y la línea de pensamiento que une a este ruso y a sus colegas checos en tal empresa. Desde esta perspectiva, la distinción entre lengua y habla propuesta por Saussure puede ser tildada, como ellos mismos lo hicieron, de “ficticia”, e incluso peligrosa, en tanto separa metodológicamente dos “caras de una moneda” y termina creyendo que tiene dos monedas.

Entendida, de acuerdo con los praguenses, como una sola realidad que puede considerarse en su ejecución o en su abstracción, las realizaciones de la lengua pueden ahora considerarse más de cerca y el habla, distinguida solo

² Usaré aquí el término *función* con la misma amplitud y ambigüedad que aparece en la cita praguense, para una discusión de este término y de sus variaciones en las diferentes escuelas postpraguenses, cf. Domínguez 1998: cap. 4.

³ En esta cita, y en adelante, si no se dispone de la traducción publicada, presentaré la cita en traducción mía.

metodológicamente para poder ser analizada, presentará, según los mismos praguenses, los siguientes *modos de manifestación lingüística*:

por un lado la *manifestación oral*, que se subdivide según si el oyente ve al hablante o no, por otro lado la *manifestación escrita*; y en segundo lugar, el *lenguaje alternativo con interrupciones* y el *lenguaje monologado continuo*. Es importante determinar qué modos se asocian con qué funciones y en qué medida. (Tesis de 1929, en Trnka y otros 1980:42)

Así se realiza el sistema, oralmente o por escrito, en diálogo o monólogo, y, en cada caso, la labor del lingüista será la de establecer la “constancia en la variación”, los rasgos constitutivos del sistema que tiene, en esa constancia, su primera condición de existencia y deriva de ella su posibilidad de ser funcional, esto es, el modo de expresión de una colectividad. Pero también, visto de esta manera, el sistema aparece como un conjunto en el que los diversos modos de la realización operan subcategorizándolo, en otras palabras, el sistema lingüístico se “especializará” de acuerdo con los modos de realización para los cuales debe servir. Jakobson lo expone en estos términos:

un individuo pertenece a varias comunidades lingüísticas, de amplitud y capacidad variables. El código de conjunto es siempre multiforme y comprende una jerarquía de subcódigos, escogidos libremente por el locutor en función de su interlocutor, de la situación de enunciación y de la razón de ser de su mensaje. Los subcódigos presentan notablemente una jerarquía de configuraciones que van de la explicitación total hasta diversos grados de elipsis fonológica, gramatical o narrativa. Cuando los lingüistas comenzaron a estudiar las diversas funciones del lenguaje, además de la función cognitiva y referencial, los problemas de la relación código-mensaje se revelaron mucho más sutiles y numerosos. (Jakobson 1984:24)

El lenguaje en su conjunto, decía Saussure, es multiforme y heteróclito, y así justificaba la dicotomía que escinde la lengua del habla, los funcionalistas de Praga restablecen los términos de esta relación y los cambian de nuevo. Desde su perspectiva es “el código de conjunto” el que recibe el calificativo de *multiforme*, conjunto de subcódigos que se especializan de acuerdo con los modos de realización a los que deberán servir. Desde esta perspectiva el sistema lingüístico como tal se concibe de un modo radicalmente opuesto al que propuso Saussure pues, para este, el sistema es homogéneo, para los praguenses el sistema es heterogéneo, conjunto de subcódigos especializados de acuerdo con la situación de habla, el interlocutor y los fines para los cuales tiene lugar el acto de habla en cuestión.

El correlato “natural” de esta concepción del sistema es la necesaria introducción de un concepto que permita explicar de qué manera operan los diferentes subcódigos.

Para los praguenses, en 1929, es la “intención comunicativa”, la cual se presentará siempre como una explicación pertinente. Para André Martinet, “cada unidad supone una elección”, y la comparación entre enunciados permite

evidenciar que, en cada punto de la cadena, “el hablante, más o menos conscientemente, ha descartado todos los competidores que hubieran podido figurar” y, agrega, “Decir que un oyente entiende el español implica que identifica por experiencia las elecciones sucesivas que ha debido hacer el hablante, que reconoce [en el enunciado *un buen vino*] *buen* como una elección distinta de la de *un* y de la de *vino*, y que no queda excluido que la elección de *buen* en lugar de *mal* influya en su actitud” (1972:35-6).

El concepto se presenta así: cada elemento de la lengua pertenece a una categoría, esta categoría, a su vez, ha sido determinada, delimitada, como un conjunto para el cual las mismas condiciones de aparición han sido establecidas, y cualquier subcategorización que se opere en ella, dependerá, de nuevo, de las capacidades de aparición de cada unidad en un contexto determinado.

La relación de interdeterminación entre la lengua y el habla se materializa, en la teoría funcionalista, en el concepto de **opción en el sistema** que, con una denominación u otra, estará siempre presente en las teorías funcionalistas derivadas o herederas del Círculo Lingüístico de Praga.

En términos saussureanos: toda unidad lingüística pertenece a un paradigma y esta pertenencia se decide, entre otras cosas, por su capacidad de combinación sintagmática. En términos distribucionalistas: es justamente su distribución, su capacidad combinatoria, la que determina la pertenencia a una clase.

Visto ahora desde la línea sintagmática, en cada punto de esta línea el hablante ha hecho una elección entre un conjunto de elementos que pueden aparecer en ese punto, esto es, pertenecen a la misma categoría.

Ahora bien, dadas las posibilidades de aparición de un elemento (sea este fonema, palabra u esquema oracional) en un punto determinado de la cadena, su aparición implica, simultáneamente, la selección misma y el rechazo de todos los demás términos que podrían haber aparecido en ese contexto. El sistema lingüístico aparece entonces como un conjunto de posibilidades, un potencial de significado, como dirá Halliday, en el cual operan las elecciones del sujeto hablante, y cada selección será significativa no solo por sí misma sino también por todos los elementos que podrían haber aparecido en esa posición. Este no solo es un aspecto del cual el lingüista deberá dar cuenta sino que, y sobre todo, como hace notar Martinet en su definición, este será el principio que guíe la interpretación que deberá hacer el interlocutor de los mensajes que recibe.

Una vez más, en términos saussureanos: en la lengua todo es oposición. En los mismos términos: la lingüística es una ciencia que opera con valores.

En este modo de operar de las relaciones entre el sistema y su realización, entre el código y el mensaje, se basa gran parte de la significación que podemos establecer o derivar de un enunciado particular en un contexto y una situación particulares. La elección se presenta en sí misma como pertinente y principio de interpretación y, ello, no solo para el lingüista (intérprete secundario de cualquier mensaje), sino para su receptor real, para el interlocutor de ese enunciado.

Halliday 1991 propone que nos imaginemos un sistema en el cual todas las opciones sean equiprobables, esto es, un sistema en el cual un determinado

conjunto de unidades puede operar sin restricciones internas, sin subcategorizaciones posibles y entonces, cuando recurrimos a él, todas las opciones se presentan con la misma probabilidad de aparición. Imaginemos un sistema lingüístico así, un sistema en el cual si quisiéramos constituir un mensaje como el siguiente:

Juan llevaba aquel precioso _____ en sus manos

aparecieran a continuación los siguientes elementos para llenar la casilla vacía: *niño*, *libro*, *objeto*, y tuvieran todos las mismas posibilidades de aparición, los mensajes resultantes serían entonces:

- a. Juan llevaba aquel precioso niño en sus manos
- b. Juan llevaba aquel precioso libro en sus manos
- c. Juan llevaba aquel precioso objeto en sus manos

Los tres términos que introdujimos tienen, de hecho, las mismas posibilidades de aparición, y es esta posibilidad la que hace que sean todos considerados sustantivos masculinos en español, ahora bien, es obvio que, en esa misma lengua, se trata de tres mensajes distintos y que cada selección fue hecha en función de un interés denotativo diferente. En principio, aun cuando su condición de sustantivos les hagan equiprobables, cada uno de ellos representa una opción diferente, esto es, no son equiprobables.

Consideremos ahora el mismo mensaje limitándonos a una sola de las realizaciones anteriores (siempre tomando en cuenta, únicamente, los nombres masculinos de la lengua española). Para el contexto que aparece en (c), un venezolano tiene las siguientes opciones: *objeto*, *perol*, *coroto*, *coso* [masculino de *cosa*], *bicho* [con el rasgo -animado], *macundales*, *chéchere*, *cachivaches*, seguramente entre otras. Los mensajes resultantes serían entonces:

- d. Juan llevaba aquel precioso objeto en sus manos
- e. Juan llevaba aquel precioso perol en sus manos
- f. Juan llevaba aquel precioso coroto en sus manos
- g. Juan llevaba aquel precioso bicho en sus manos
- h. Juan llevaba aquel(los) precioso(s) macundales en sus manos

Ahora no estamos ante las mismas opciones o, en otros términos, las opciones que parecían equivalentes aparecen como opciones diferentes pues el mismo venezolano que diría que las unidades para optar son “sinónimos” dirá, inmediatamente, que no significan lo mismo, que cada una de las combinaciones tiene un sentido diferente y se apresurará a notar que, a partir de (e), el adjetivo contrasta de tal manera con el sustantivo que se impone la interpretación de la ironía o el chiste, si no es la inadecuación o “falta de cultura” la que se interpreta. Este hablante nos diría, como los praguenses, que esos mensajes tienen intenciones diferentes, y como Jakobson, que el locutor ha realizado selecciones “en función de su interlocutor, de la situación de enunciación y de la razón de ser de su mensaje” y podrá entonces explicar de qué manera se distinguen las

palabras del ejemplo, podrá explicar por qué no es el contexto sino la situación discursiva la que distingue entre ellas y permite ciertas elecciones para ciertos interlocutores, o para ciertas situaciones, o para ciertas “razones de ser” del mensaje. Así, cada uno de ellos representa una opción diferente, esto es, no son equiprobables.

Y es así como se pone en evidencia que el sistema lingüístico no es un código homogéneo sino más bien un conjunto de conjuntos, un conjunto de sub-códigos especializados por el uso. Esto es lo que nos dirá cualquier hablante de una lengua, que no es lo mismo hablar oralmente o por escrito, que no es lo mismo una relación de interlocución formal que una coloquial, que no es lo mismo una situación de habla formal que una coloquial.

Si volvemos a considerar los sustantivos del ejemplo anterior notaremos que la diferencia entre ellos no consiste en la referencia al mundo que cada nombre hace (y que es, en principio, la misma: se refieren a un OBJETO o COSA) sino que, más bien, esta diferencia se encuentra en la posibilidad que tienen algunos de esos nombres para aparecer en situaciones formales o no, incluso en la posibilidad más (o menos) alta de que aparezcan calificados por el adjetivo *precioso*. En realidad el sistema se contentaría con uno solo de esos nombres, aparentemente los hablantes no, los hablantes parecen necesitar la variación de matices que estas diferentes opciones le permiten. Aparecen entonces los “sutiles y numerosos” problemas de la relación código-mensaje de la que hablaba Jakobson (en la cita anterior).⁴

Los términos del sistema no son equiprobables. Puede entonces Halliday afirmar que “un sistema lingüístico es inherentemente probabilístico en su naturaleza” (1991:42) y, también, que “parte del significado de un sistema gramatical es la relativa probabilidad de sus términos” (1991:48). Esto es, cada evento lingüístico, todo evento lingüístico, supone elecciones en el sistema, que van desde el subcódigo especializado de acuerdo con la situación discursiva, el tipo de interlocución o el tipo de texto que pretendemos realizar, hasta las unidades de la lengua que realizan estos tipos. El sistema se evidencia así (en su heterogeneidad) por su constancia a través de cada evento lingüístico, de todo evento lingüístico.⁵

Esta condición meta-estable del sistema, en constante dinamismo, es la que hace posible, igualmente, otras variaciones que pueden evidenciarse, sociales

⁴ Michael A. K. Halliday, uno de los principales exponentes de esta visión, resume esta discusión en el concepto de *registro*, el cual, en los términos de Halliday, es “la configuración de recursos semánticos que el miembro de una cultura asocia típicamente a un tipo de situación; es el potencial de significado asequible en un contexto social dado” (1982:146). Para una revisión detallada del concepto de REGISTRO en la teoría lingüística reciente cf. Beaugrande 1993.

⁵ Evidentemente, de lo que se trata aquí es de una elección teórica que el lingüista deberá hacer. O bien considera el sistema lingüístico como un todo homogéneo, cuyos elementos, en consecuencia, serán equiprobables (como en una máquina); o bien considera el sistema como conjunto de subconjuntos, como una entidad heterogénea, cuyos elementos se realizarán probabilísticamente de acuerdo con las variables (externas o internas) que operen en el momento de la realización. Esta parece ser, de hecho, la decisión que funda la “dicotomía” teórica que ha separado la lingüística entre formalistas y funcionalistas.

o estilísticas, cada una de ellas configuraciones diferentes del mismo sistema, subsistemas posibles únicamente en un sistema concebido como dinámico y heterogéneo.

En otras palabras, un individuo será, siempre, miembro de una comunidad y, como tal, evidenciará en su habla la variedad de la lengua que conoce. Para un hispanohablante esto es quizá más evidente que para cualquier otro hablante de cualquier otra lengua pues todos reconocemos que, aun hablando español, somos diferentes según sea nuestro origen nacional, todos reconocemos las diferencias entre un argentino, un mexicano, un español, un venezolano, e incluso distinguimos rasgos particulares que nos permiten hacer imitaciones jocosas. Nuestra lengua histórica es en realidad un sistema de subsistemas dialectales.

Todo hablante reconocerá también la diferencia entre alguien de la ciudad y alguien del campo, alguien de la clase alta y otro que no lo es, alguien muy educado y otro que no terminó su escolaridad. La lengua varía, varía externamente, cada hablante será el hablante de una lengua y lo hará a través de uno de sus dialectos, de uno de sus sociolectos, mostrará su cultura y aun su edad cuando habla. Todo el trabajo sociolingüístico se sustenta sobre esta evidencia.

Así, el sistema lingüístico que un hablante conoce, su lengua, es en realidad la configuración particular de esa lengua de acuerdo con las condiciones sociolingüísticas, externas, de ese hablante. En estos casos estamos considerando al individuo no en su condición de tal sino como ser social, podemos entonces suponer que, como él, otros individuos conocerán una configuración similar, serán trujillanos o merideños o andaluces o bonaerenses igual que él, serán hombres o mujeres, como él, vivirán en el campo o en la ciudad, como él. De esta manera, la descripción sociolingüística y dialectológica se interesan por el modo como una lengua histórica se “especializa” de acuerdo con las “presiones” externas.

El conjunto de variables que interesa a la sociolingüística configura una variante de la cual será exponente un grupo social y, en él, cada uno de los individuos que lo conforman. A su vez, cada uno de esos individuos encontrará en esa variante de una lengua, que es la suya, los rasgos de su identidad, las evidencias de su pertenencia a ese grupo, y podrá entonces contrastar la suya con las demás, será merideño o trujillano o tachireense en los Andes venezolanos, hablará como tal, formará grupo o nación.⁶

⁶ En la tradición de la dialectología hispánica, Coseriu propone la distinción entre el *sistema*, la *norma* y el *habla*. Triple distinción que se propone, teóricamente, para poder dar cuenta, por una parte, del hecho de que un mismo sistema no se realiza idénticamente en todas las comunidades de habla y, por la otra, de que el análisis de la lengua requiere distintos planos de abstracción. Para Coseriu, el *sistema* es “sistema de posibilidades, de coordenadas que indican caminos abiertos y caminos cerrados” (1973:98), en el cual podemos hacer distintos niveles de abstracción pues se puede considerar la lengua en el nivel de abstracción más alto, como aparato lingüístico (es lo que hacen Saussure y Chomsky), pero también podemos considerarlo en un nivel más concreto, como una lengua particular y, en ese caso, la lengua española, por ejemplo, sería una realización del sistema; la *norma*, por su parte, es la que “en realidad se impone al individuo, limitando su libertad expresiva y comprimiendo las posibilidades ofrecidas por el sistema dentro del marco fijado por las realizaciones tradicionales” (*id.*), una variedad particular del sistema general (como

Ahora bien, ese individuo sabrá también de otra variación, sabrá que, cualquiera que sea la variante de la lengua que nos interese, hay interlocutores, situaciones o “razones de ser” del mensaje para los cuales la lengua varía. De esta manera, en el interior de su norma externa, determinada sociolingüísticamente (en los términos que exponía anteriormente), será posible (y necesaria) la variación “estilística” según la cual su habla se distinguirá de acuerdo con el tipo de relación interlocutiva que tiene con el (los) receptor(es) de su texto, el hablante sabrá que no es lo mismo una conversación informal entre amigos (más o menos íntimos), que una conversación con su jefe o profesor; el hablante sabrá también que hay situaciones las que debe “cuidar” su habla y otras en las que no, que hay situaciones en las que puede tocar ciertos temas y otras en las que no. En toda sociedad hay tabúes lingüísticos sobre ciertos términos y aun sobre ciertos temas que se pueden mencionar en la intimidad pero nunca entre personas que conocemos poco.

Respecto de las interjecciones, y de toda palabra con que hayamos de expresar la admiración, la sorpresa o cualquiera otro afecto del ánimo, cuidemos igualmente de no emplear jamás aquellas que la buena sociedad tiene proscritas, como caramba, diablo, demonio y otras semejantes.⁷

Las modas, ciertamente, cambian y, hoy en día, los ejemplos de Carreño nos pueden parecer graciosos pero el consejo que allí se expresa tiene, definitivamente, vigencia actual. Cuando los niños empiezan a aprender ciertas palabras “proscritas”, toda madre se apresurará a aconsejarle que “no las repita” ante su maestra, mucho menos ante su abuelo, aunque puede usarlas en el patio de la escuela, siempre y cuando no le parezca que el receptor se siente severamente ofendido por los términos. Un ejemplo sencillísimo me permitirá cerrar la demostración que intento hacer aquí: es costumbre general que, cuando crucemos a una persona conocida, la saludemos. El español (venezolano) nos permite decir *buenos días* (*tardes, noches*, según la hora del día), *¿cómo está usted?*, *hola*, *¿qué hubo?*, *la bendición*, *¿qué más pana?*, *¿qué máscara?*, *¿entonces?*, *epa man*, *háblame*. Nos cruzamos con una persona conocida, es el rector de la universidad donde trabajamos, activamos el sistema de opciones y entonces *Buenos días señor rector*, o bien *Buenos días profesor* (obviamente la primera opción nos distancia, la segunda nos iguala en nuestra condición de profesores ambos, y nuestra decisión no es inocente). Simultáneamente dos personas se saludan *¿qué más pana?* y, sin haberlos visto, sabemos que se trata de dos personas jóvenes, casi seguramente hombres, con relación de amistad cercana. Circulando por el mismo pasillo encontramos a alguien más y enseguida *la bendición*, y el saludo por el que optamos no dejará lugar a duda, se trata de alguna persona que reúne las siguientes condiciones: es un miembro de nuestra

el venezolano o el argentino; el caraqueño o el merideño; o bien, los usos orales y los usos escritos, los que se usan en situaciones coloquiales o los que se usan en situaciones formales de habla), la norma coseriana coincidiría plenamente con los “subcódigos” a los que se refiere Jakobson (y los funcionalistas en general); y el *habla*, realización de esta última, que fija los marcos de uso que determinarán, a su vez, la norma.

⁷ Manuel Antonio Carreño. 1997. *Manual de urbanidad y buenas maneras*. Bogotá: Panamericana.

familia en relación ascendente (padre, abuelo, padrino) y por eso le estamos dirigiendo el saludo que dice todo eso, además del afecto y el respeto.

Es así como se materializan las opciones en el sistema. Es así como ponemos en evidencia que se trata de un conjunto de subsistemas.

Ante esta evidencia, Halliday afirma que “La frecuencia en el texto es la instanciación de las probabilidades del sistema” (1991:42), mientras que John Du Bois sostiene que “Las gramáticas codifican mejor lo que los hablantes hacen más” (1985:363).⁸ Y ambos, en realidad, están haciendo referencia a los fundamentos teóricos del funcionalismo con los cuales se abría este párrafo, a saber: entre la lengua y el habla, el sistema y su realización, hay un constante vaivén por el cual “el hecho de habla precede siempre”, determina así la configuración del sistema y, a su vez, el sistema determinará el modo como el habla se realiza. Las gramáticas estarían así configuradas por el uso, y codificarán mejor, especializarán, las formas por las que los hablantes optan con más frecuencia. Para saber de este sistema, para describirlo y explicarlo, los lingüistas recurrirán a las frecuencias en el texto, evidencia de la preferencia de los hablantes por una opción antes que otra, frecuencias que revelan las probabilidades del sistema.⁹

Y es así como, necesariamente, “en cada caso el punto de partida de la investigación lo constituirán las necesidades comunicativas del hablante, y de este hecho se seguirán necesariamente dos consecuencias: el camino conducirá del habla, en tanto que algo dado de inmediato, a la lengua, en tanto que sistema con una realidad ideal solamente, y de las necesidades funcionales a los medios formales mediante los cuales se satisfacen aquellas” (Mathesius 1936, en Trnka et al. 1980:89).

⁸ En el original “Grammars code best what speakers do most” (1985:363).

⁹ Como podrá suponerse a estas alturas de la exposición, no se trata simplemente de considerar las frecuencias sin más. Las formas deben considerarse de acuerdo con el tipo de uso que se está haciendo en una situación de habla determinada: coloquial o no, oral o escrita, narrativa o argumentativa, solo de esta manera las frecuencias pueden decirnos realmente cómo se articula el conjunto de opciones que un hablante tiene en un momento dado y cuáles prefiere.

2. *El tiempo es la sustancia de que estoy hecho*

And yet, and yet... Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino (a diferencia del infierno de Swedenborg y del infierno de la mitología tibetana) no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebatara, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges.¹⁰

Cuando Saussure define el signo lingüístico, para hacerlo, identifica dos rasgos fundamentales, a saber, el carácter arbitrario y el carácter lineal del significante. El primero de ellos es el más comentado en los manuales de lingüística, permite deslindarlo de otras construcciones semióticas y pone fin a la vieja (y renovada) discusión sobre la naturaleza arbitraria o motivada de la relación significante. Ahora bien, el segundo de estos rasgos ha sido pocas veces tomado en cuenta. Saussure lo presenta así:

El significante, por ser de naturaleza auditiva, se desenvuelve en el tiempo únicamente y tiene los caracteres que toma del tiempo: *a) representa una sola extensión y b) esa extensión es mensurable en una sola dimensión; es una línea.*" (Saussure 1973:133)

y agrega más adelante,

Por oposición a los significantes visuales (señales marítimas, por ejemplo), que pueden ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones, los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo; sus elementos se presentan uno tras otro; forman una cadena. Este carácter se destaca inmediatamente cuando los representamos por medio de la escritura, en donde la sucesión en el tiempo es sustituida por la línea espacial de los signos gráficos. (Saussure 1973:133)

Este es otro de los aspectos de la teoría saussureana para los cuales Jakobson ha presentado objeciones. En efecto, Jakobson, además de elaborar sobre la relación lengua/habla (tal y como ha sido comentada en el párrafo anterior), presentará también sus argumentos sobre esta visión del significante como sucesivo pues justamente serán sus trabajos los que nos permitan saber, mejor que nunca antes, que, en efecto, cada fonema es producto de la concurrencia de un haz de rasgos distintivos; a su vez, estos rasgos son distintivos en su capacidad de distinguir dos signos diferentes, en su capacidad de delimitar significados y valores lingüísticos diferentes. Además, siguiendo

¹⁰ Jorge Luis Borges en "Nueva refutación del tiempo", *Otras inquietudes*. Buenos Aires: Alianza. 1976.

estrictamente la línea jakobsoniana que he expuesto en el párrafo anterior, cada uno de estos elementos será seleccionado en el conjunto, en la categoría a la cual pertenece, esto es, en el paradigma y, en este sentido, también puede decirse que este elemento aparece simultáneamente con todos aquellos que se encuentran potencialmente relacionados o son susceptibles de elección en ese punto. ¿De dónde pues ha surgido la metáfora de la “cadena hablada”? Probablemente de nuestra propia experiencia lingüística, de esa sensación que tenemos (hoy más que nunca) de que se necesita tiempo para conversar. Seguramente, y aun antes de aprender a escribir, nuestra experiencia de la linealidad proviene de los mensajes mismos y es que, en efecto, oralmente o por escrito, los mensajes que recibimos son presentados sucesivamente, en cadenas de signos pues “los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo”. Así, en una línea, distinguimos prefijos y sufijos, solo porque unos están *antes* y otros *después* de la raíz, decimos unas cosas antes y otras después,¹¹ leemos de izquierda a derecha, o de derecha a izquierda, o de arriba hacia abajo, pero siempre sobre una línea.

De esta manera, uno de los asuntos que ocupará a cada hablante será, justamente, organizar la línea, decidir qué va a decir antes y qué dirá después, cómo configurará su experiencia para exponerla verbalmente.

Además de la lingüística, este asunto ha ocupado a la psicología. En efecto, la investigación de Lev S. Vygotsky y de su sucesor, Aleksander R. Luria, sobre las relaciones entre lenguaje y pensamiento, son justamente la búsqueda de la explicación de un proceso que, según estos autores, tiene lugar entre la mente de los hablantes y la posterior “comunicación verbal desplegada”. El concepto de “lenguaje interior”, que propone Vygotsky y desarrolla Luria, es justamente un concepto intermediario que les permite explicar el paso del pensamiento a su expresión.

Para Luria, el proceso comienza con el MOTIVO DE LA ALOCUCIÓN, esto es, la necesidad de expresar un contenido determinado; a este motivo le sigue el PROYECTO de la alocución, y este proyecto es descrito por Luria en términos estrictamente lingüísticos, como sigue:

La aparición del proyecto es la etapa que determina el contenido de la enunciación; en él se encuentra el esquema fundamental de la futura alocución cuando el tema de la misma, es decir, sobre qué versará el discurso, se separa por primera vez del rema, o sea, de lo nuevo que debe figurar en la enunciación. (1979:170)¹²

¹¹ En efecto, no son pocos los trabajos de investigación en sintaxis que muestran el valor que tiene el orden de palabras en el marco de la oración.

¹² Luria relaciona aquí directamente los conceptos de Tema y Rema con los de Información Dada e información Nueva, respectivamente, tal y como lo hace el Círculo Lingüístico de Praga en sus primeros trabajos. Es la misma distinción que, en la gramática tradicional, separa “aquello de lo que se habla” (el sujeto) y “lo que se dice sobre ello” (el predicado). La discusión sobre cuántos y cuáles son los rasgos que se pueden distinguir en la codificación sintáctica del “proyecto de la alocución” ocupa no poca intención analítica de la sintaxis funcionalista actual y no se puede discutir a fondo en una nota, por lo que dejaré esta apasionante discusión para otro espacio.

Del proyecto pasamos al REGISTRO SEMÁNTICO PRIMARIO, o *alocución verbal plegada*, en el cual un esquema simultáneo, semántico, se conforma como la base de lo que deberá *desplegarse* en la expresión lingüística. Para ello será necesario pasar primero por otra etapa, la del LENGUAJE INTERIOR, por el cual el registro primario selecciona los elementos de la lengua que permitirán codificar el contenido cuya motivación y proyecto hemos encontrado ya. Así, en el lenguaje interior, “el esquema simultáneo del «registro semántico» se recodifica en la estructura organizada de la futura alocución verbal desplegada, sintáctica” y, agrega Luria, “por esto L.S. Vygotsky habló de que el pensamiento no se encarna en la palabra sino que se *realiza* en ella” (1979:174).¹³

Para Luria el proceso no termina aquí, pues la planificación de la enunciación verbal desplegada debe tomar en cuenta que esta formará parte de lo que él llama la “comunicación viva”, en la cual no son solo los mensajes y su contenido lo que hay que organizar, sino también el modo como estos mensajes se insertan en la interlocución que hace de la enunciación un acto de habla, un evento donde participantes, situación y sociedad, al menos, deben considerarse como rasgos pertinentes en la elaboración del mensaje. De esta manera Luria, quien se revela como un finísimo analista del uso de la lengua, pone en evidencia tres componentes fundamentales (si no los únicos) de la “comunicación viva”: por una parte, el individuo, cuyo motivo y proyecto deben ser considerados y sin duda intervienen en el modo como este escogerá “aquello de lo que se habla” y lo que dirá sobre aquello, motivo y proyecto que influirán, además, sin duda, en lo que dirá “antes” y lo que dirá “después” en la cadena sintagmática; por otra parte, la sociedad y, más concretamente, los interlocutores, sus identidades sociales, el tipo de fines para los cuales se ponen en relación como miembros de una comunidad; por último, la lengua, el “sistema de medios de expresión apropiados para un fin”, como dirían los praguenses.

Es justamente un praguense, Vilém Mathesius, el gramático del Círculo Lingüístico de Praga, quien se imagina de manera sorprendentemente similar el proceso que lleva del “pensamiento” al mensaje. Mathesius lo expone de esta manera:

Todo acto de habla comunicativo [...] implica, antes de llegar a la expresión real, dos procesos diferentes [...] Por uno de estos dos procesos se escogen los elementos de la realidad dada, concreta o abstracta, que cumplen la doble condición de haber atraído la atención del individuo que va a hablar y de poder ser expresados por medio del vocabulario existente en la lengua en cuestión; por el otro, se ponen en relación mutua los signos lingüísticos que representan a los elementos escogidos de forma que constituyan un todo orgánico, una oración. (1936, en Trnka y otros 1980:88)

¹³ En este punto del proceso es donde podríamos seguramente insertar la noción de “opciones en el sistema” desarrollado por las teorías lingüísticas de orientación funcionalista.

Si el proceso de organización de la “comunicación verbal desplegada” puede imaginarse así, entonces, a estas alturas, ya lo que sorprende es la velocidad con la cual tiene lugar. También cuestión de tiempo.¹⁴

W. J. M. Levelt ha investigado sobre el modo como la percepción del espacio se presenta en los textos. Inspirado en el trabajo de Linde y Labov 1975 sobre las descripciones de apartamentos. Levelt (1981, 1982) realiza una serie de experimentos que le permiten evidenciar cómo se linealiza la percepción bi- o tri-dimensional. Para este autor, el proceso de la realización de mensajes lingüísticos se ha concebido siempre como aquel que lleva las ideas, intenciones o sentimientos del hablante, hacia un “mapa” expresivo, realizado verbalmente, que tiene justamente la característica de ser unidimensional, esto es, de portarse como todo mapa y presentar la realidad en un solo plano. La realización de este mapa supone una serie de procesos de segmentación, selección y jerarquización que el hablante debe llevar a cabo para decidir el orden en el cual presentará la información linealmente. Esta “traslación” de los pensamientos (más bien, de la cognición) en un medio que impide, por definición, la presentación simultánea constituye, para el hablante, “el problema de la linealización”,¹⁵ pues, según Levelt, el hablante debe enfrentar dos severas restricciones, a saber: i) el hecho de que debe manejar no solamente el propio conocimiento, sino el que se supone compartido con el interlocutor ya que, de no hacerlo, difícilmente podrán comunicarse; y ii) el hecho de que, a este manejo de la cognición se le impone, a su vez, la capacidad limitada de nuestra memoria consciente. Este segundo elemento es un rasgo de la especie y, en principio, independiente de la lengua pero determina, sin duda, el hecho de que el hablante, al planificar su emisión, deberá, también, tomar decisiones (primero) y presentar (después) la información, de tal manera que esta pueda ser “procesada” por el interlocutor sin sobrecargar su “capacidad de procesamiento”.¹⁶

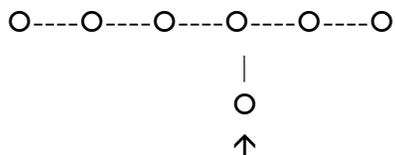
A través de su trabajo de investigación, Levelt intenta mostrar cómo, efectivamente, la linealidad del significante lingüístico es un problema que el hablante debe enfrentar a cada paso para conseguir la configuración de mensajes eficientes en la comunicación y, en este caso, “eficientes” quiere decir “procesables”. Realiza entonces un experimento que consiste en presentar una serie de diagramas a diferentes sujetos y les solicita una descripción tal que el interlocutor sea capaz de “rediseñar” el diagrama y transitar por él. Recoge así cerca de 4000 descripciones y, en el reporte de investigación que publica en 1981,

¹⁴ Una consideración muy detallada y completa del proceso de producción del habla y de su necesaria planificación previa es la que se encuentra en Clark y Clark 1977 (3ª parte: “Production”).

¹⁵ Levelt llama la atención sobre el hecho de que este asunto, que ocupa toda la retórica clásica, haya dejado de ser parte del interés de los lingüistas. En efecto, Levelt muestra cómo lo que él llama “el problema de la linealización” estaba ya en la noción retórica clásica de *dispositio* (entendida, por ejemplo, como lo hacía Cicerón, esto es, “el medio por el que ponemos en orden aquellos argumentos que hemos inventado” (1991:196)).

¹⁶ Presentada en los términos en los cuales acabo de hacerlo, se entiende por qué una de las comparaciones favoritas entre los lingüistas que tratan este asunto es el que relaciona los procesos humanos de recuperación y manejo del recuerdo con los procesos que realiza una computadora (cf., entre otros, Chafe 1979, Givón 1990). Se cierra así el círculo según el cual hemos creado las máquinas “a imagen y semejanza” de los hombres, y ahora estas nos permiten explicarlo.

presenta los resultados a partir de las descripciones de un diagrama como el siguiente:¹⁷



Levelt observa, en primer lugar, que la estrategia dominante para linealizar lo que el hablante está percibiendo en el diagrama consiste en proyectar la estructura bidimensional en una estructura lineal de sucesión, usando para su expresión verbos de movimiento y conectores temporales, esto es, el hablante tiende a presentar el espacio como si, encontrándose en él, realizara un *tour* mental, llevando de la mano al interlocutor, en un recorrido que se desarrolla en el tiempo, para lo cual usa verbos de espacio y movimiento (*estar* predicativo, *ir*, *salir*, *subir*) y tiende a expresar las relaciones espaciales mediante conectores temporales (*antes*, *después*, *entonces*, *luego*). Levelt nota, además, que esta tarea, que parece sencilla, exige que el hablante conserve en la memoria consciente una especie de imagen total, esta vez de su propio texto, a fin de poder manejar eficientemente lo que ha dicho y lo que le queda por decir, de tal manera que el interlocutor “no pierda el hilo”.

A partir de la observación de sus datos (apenas resumida aquí), Levelt deriva tres principios, a saber:

- el principio de la CONECTIVIDAD MÁXIMA, esto es, la tendencia a presentar los nódulos del diagrama como si estuvieran conectados. En los textos, y según este principio, los conceptos nuevos deben ser introducidos, siempre que sea posible, en virtud de las relaciones con la información sobre el nódulo que acaba de presentarse, esto es: La información nueva debe relacionarse con la información ya presentada. En el diagrama presentado arriba, por ejemplo, la conectividad se mantiene si el sujeto “regresa” desde un extremo, atravesando de nuevo los nódulos que ya ha atravesado para dirigirse ahora hacia el otro extremo, en lugar de “saltar” desde un extremo hasta el otro;

- el principio de MINIMIZACIÓN DEL SALTO, esto es, según lo que decía en el párrafo anterior, el hablante preferirá regresar antes que saltar a través del diagrama pero, si tuviera que hacerlo, entonces el “salto” será el menor posible, hacia el nódulo más cercano o el más relacionado. Levelt encuentra en sus datos solo un 3% de violaciones a este principio en 297 descripciones de diagramas complejos con relaciones de inclusión;

- el tercer principio es el que asigna probabilidades más altas a la MINIMIZACIÓN DEL RETORNO, según el cual, en los datos de Levelt, los sujetos prefieren ir primero hacia la izquierda del diagrama y luego hacia la derecha pues, de esta manera, deben realizar un recorrido menor para volver al círculo en

¹⁷ En el diagrama de Levelt los círculos se identifican por colores, a saber: de izquierda a derecha en la línea de arriba, azul, rosado, rojo, amarillo, verde, marrón; el círculo “de acceso” al diagrama es gris.

el cual pueden avanzar de nuevo, esta vez hacia la derecha. Opina Levelt que este principio tiene que ver con la capacidad de la memoria activa y, también, con la talla de esa memoria.

Levelt interpreta la actuación de estos tres principios como funcionales para el procesamiento de la información por parte del sujeto que está realizando el experimento y, además, como cooperativos hacia el interlocutor, quien recibe la información procesada de una manera tal que esta es pertinente para la tarea que debe realizar, esto es, en el experimento, describir el tipo de diagrama cuyo recorrido ha escuchado. En otras palabras, el receptor de los textos de este experimento debe hacer algo similar a lo que hacemos todos cuando nos dan una dirección o cuando tenemos que desplazarnos en un lugar a partir de instrucciones, como, por ejemplo, en los museos. En esos casos, las instrucciones deben presentarse de tal manera que, a partir de ellas, el receptor sea capaz de realizar la tarea.

El pórtico central está dedicado a la iglesia cristiana: en el tímpano, la estatua del Salvador está rodeada por los cuatro evangelistas y en la arquivolta, los 24 ancianos del Apocalipsis en posición sedente. En las jambas, cubiertas con estatuas de apóstoles y profetas, destaca el profeta Daniel (con el rostro sonriente), que anuncia ya el célebre ángel de la catedral de Reims. En la columna del parteluz, a los pies del Apóstol Santiago, las manos de los peregrinos han dejado la huella de su saludo al santo.

La anterior es parte de la descripción del Pórtico de la Gloria, en la catedral de Santiago de Compostela, tal y como se presenta en la Guía Michelin de España (1992:202). Forma parte de las “instrucciones” para mirar el pórtico central desde el tímpano, girando la cabeza de tal manera que se puedan percibir, a uno y otro lado, los evangelistas y los ancianos, luego bajando, las jambas y, por último, a la altura de la mirada, la columna del parteluz. Esta descripción está seguida, en la guía, por la de los pórticos laterales indicando, en ese caso, cuándo mirar hacia la derecha o hacia la izquierda y, en ella, del mismo modo que en la descripción anterior, cada oración se encabeza por un complemento de lugar que indica cómo se “baja” desde el tímpano, hacia dónde hay que mirar. Esta, en efecto, es una descripción “procesada”, en ella se ha decidido indicar al lector que mire primero hacia arriba y luego vaya descendiendo la mirada. Este texto colabora con el lector en cuanto “circula” por el pórtico en un solo sentido, y de ahí deriva su eficiencia, la cual se comprometería si nos pidiera que miráramos primero la imagen de Jesús en el centro del tímpano, luego, abajo, las huellas de los peregrinos, luego que nos distrajéramos un momento con la nave central de la catedral que se abre justo atrás, que volviéramos ahora hacia una de las jambas desde donde el profeta Daniel nos sonríe...

El proceso entonces es complejo, hay que tomar decisiones previas sobre la pertinencia de la información a comunicar, hay que ordenar el modo como

queremos que esta información aparezca y luego “ponerlo en línea”, contando, ahora, con los medios de los que disponemos en la lengua.

Si volviéramos a mirar ahora el Pórtico de la Gloria del maestro Mateo, y si hubiera suficiente espacio para tener distancia y verlo todo de un golpe, aun si lo viéramos así, ¿podríamos mirarlo todo de un golpe? Nuestra mirada es sucesiva, atiende a una cosa primero y a otra cosa después.¹⁸ También de esta manera se estructura la línea del mensaje, presenta la información UNA POR UNA.

Podríamos entonces seguir diciendo que los mensajes verbales son lineales porque no podemos emitir dos mensajes a la vez (aun cuando podamos demostrar ciertas simultaneidades en el eje de las sucesiones) pues, de hecho, esta es una razón para que sean lineales pero, en realidad, si tenemos lenguas que emiten mensajes lineales es porque nuestra capacidad de atención es limitada, como también lo es nuestra capacidad para procesar información en la memoria activada, en otras palabras, NECESITAMOS mensajes que nos presenten la información sucesivamente porque no podemos *recibir* dos mensajes a la vez.¹⁹ En palabras de Levelt:

El requerimiento de la linealidad se relaciona en realidad con la capacidad de atención y se aplica igualmente bien al uso de las lenguas que no incluyen realización oral como a cualquier proceso de pensamiento que tenga que ver con información proposicional, tales como hacer aritmética, jugar ajedrez, o planificar la lectura de un artículo sobre los problemas de la linealización para el hablante. (1981:314)

Si las elecciones en el paradigma no aparecen tan inocentes en la visión funcionalista, pues colaboran definitivamente en la realización de la significación, desde la perspectiva que acabo de exponer tampoco lo es la organización de la cadena sintagmática, de la línea mediante la cual decimos nuestros mensajes. Saussure, quien presenta el principio como sustantivo para el signo lingüístico, también lo presentará de esta manera para la totalidad de la lengua, y afirma que “todo el mecanismo de la lengua depende de este hecho” (1973:133). En efecto, las lenguas que tenemos, las lenguas humanas, son “medios apropiados para un fin” que solo se consigue mediante la constitución de mensajes lineales, de manera que no es descabellado pensar en que los mecanismos que ofrecerá el sistema para realizar los mensajes deberán tomar en cuenta este hecho. La lengua deberá proveer los medios para organizar lo que aparece en la cadena,

¹⁸ Wallace Chafe, con las mismas intenciones que tengo yo en este párrafo, presenta experimentos neurolingüísticos según los cuales el ojo percibe gran cantidad de información pero atiende solo a una cada vez, capacidad de atención de la que sabemos en las lenguas en las que *ver* y *mirar* son dos verbos diferentes, como también lo son *oír* y *escuchar* (cf. Chafe 1994).

¹⁹ El artículo de Levelt presenta evidencias psicolingüísticas para la naturaleza lineal de los mensajes en lenguas humanas, una de ellas es la consideración de las lenguas de señas, en las cuales, en principio, podrían realizarse mensajes “simultáneos” (cada uno con una mano, por ejemplo) y, sin embargo, esto no sucede. Lourdes Pietrosevoli (comunicación personal) sostiene que, en efecto, la “simultaneidad” no se presenta en ninguna lengua de este tipo.

para poner orden en lo que va junto, esto es, la lengua deberá (necesariamente) incorporar un componente sintáctico.

El fundamento de la linealidad entonces está más arraigado en nuestra biología de lo que pensábamos, no se trata solamente de que no podemos emitir dos sonidos a la vez sino de que, aun cuando pudiéramos hacerlo, esto no nos conduciría a ninguna parte, ni a una comunicación más rápida, ni más eficiente, ni más compleja. No podemos procesar dos señales a la vez, ni en la producción ni en la recepción, y todo esto se nos convierte entonces en un asunto de tiempo, de disponer de él: tiempo para planificar la organización del mensaje, tiempo para organizar el modo cómo nuestros mensajes, según el decir de Vygotsky, “realizarán” nuestro pensamiento, nuestra cognición; tiempo igualmente será lo que hará falta para la producción de ese plan, para la emisión efectiva del mensaje, y ahora no solamente el tiempo medible de la articulación sino también, y sobre todo, el tiempo de su recepción, procesamiento y comprensión. Es por eso que, con Borges, la cadena sintagmática puede afirmar que “el tiempo es la sustancia de que estoy hecha”.

3. La sintaxis: *lo que pasa en el alma del que habla*

Toda lengua consta de palabras diversas, llamadas también *dicciones*, *vocablos*, *vozes*. Cada palabra es un signo que representa por sí solo alguna idea o pensamiento, y que *construyéndose*, esto es, combinándose, ya con unos, ya con otros signos de la misma especie, contribuye a expresar diferentes conceptos, y a manifestar así lo que pasa en el alma del que habla. (Andrés Bello 1972 [1847]: párr. 5)

La condición lineal de los mensajes lingüísticos aparece como una característica sustantiva, un rasgo que no solo permite caracterizar el mensaje mismo en su realización articulada (o articulatoria) sino que, como acabo de comentar en el párrafo anterior, parece fundamentar el sistema lingüístico todo. En cualquier caso, la línea del mensaje nos obliga a poner en relación de sucesión los elementos, pero esta sucesión no es, ni puede ser, aleatoria. En este argumento encuentra la sintaxis su justificación primera. Una lengua que confiara en la pura sucesión para la construcción de sus mensajes sería una lengua costosa, antieconómica, pues el procesamiento de la información que transmite sería de ardua comprensión, dependería de un conjunto de variables externas a la lengua para su cabal procesamiento y, en todo caso, sería muy lenta en la transmisión de esa información.

Supongamos una sucesión como *zorro pato patio mató*, aun si pudiéramos encontrar alguna lengua para la cual esta sucesión fuera una oración gramatical, es seguro que, en español, este no es el caso. Supongamos entonces que en lugar de *el zorro mató al pato en el patio*, o bien *en el patio había un zorro que mató al pato*, o bien *el pato no se dejó matar por el zorro en el patio*, o bien (posible aunque nos parezca improbable) *el pato logró matar al zorro que estaba en el patio*, etc., supongamos, decía, que en lugar de alguna de estas secuencias, que son “unidades de sentido completo” y que transmiten un cierto mensaje en nuestra lengua, nos encontráramos con la secuencia *zorro pato patio mató*, la interpretación de esta secuencia sería, como decía, costosa, en tanto habría que tener otro tipo de información para determinar quién mató a quién; también sería muy lenta de procesar, pues no se bastaría a sí misma para tener “sentido completo” y habría menos indicios en el mensaje sobre la interpretación de ese otro tipo de información necesaria; y todo ello sin decir que también sería ineficiente, pues los matices que nos permiten las oraciones del español se nos escaparían todos. Por otro lado, si hiciéramos algo como cambiar la secuencia *zorro pato patio mató* por *mató pato zorro patio*, o bien *patio pato mató zorro* para expresar esos diferentes matices entonces habría empezado ya la sintaxis, la construcción que “contribuye a expresar diferentes conceptos” como afirma Bello, sin decir que, estos matices, en realidad, son los que ayudan a manifestar “lo que pasa en el alma del que habla”.

De esta manera, la lengua, toda lengua, deberá incluir un componente sintáctico, un conjunto de reglas que permitan poner “orden en lo que va junto”. Esta definición, la más tradicional y la que mejor se atiene a la etimología del término, quiere que el asunto de la sintaxis sean, en efecto, el régimen y la concordancia y, en realidad, el “orden o aiuntamiento de partes”, como dirá Nebrija. Pero si la sintaxis trabaja CON la línea, podemos decir también que la sintaxis trabaja CONTRA la línea, porque el asunto de la sintaxis no es la sucesión pura sino más bien el modo como la línea se organiza y se JERARQUIZA. La sintaxis de una lengua no solamente actúa como un mecanismo que indica, de izquierda a derecha (o de derecha a izquierda, o de arriba hacia abajo) dónde están los elementos con los cuales concordará otro sino, más bien, cuál es la relación jerárquica que los une. Veamos un ejemplo: dados un nombre y un adjetivo (sea este determinante o calificativo), según las reglas sintácticas de nuestra lengua, los adjetivos deben concordar con el nombre. Así, dados el sustantivo *libros*, y los adjetivos (determinante) *este* y (calificativo) *precioso*, para construir el sintagma nominal que los incluya debemos realizar una serie de “operaciones” sintácticas. Supongamos que los ponemos en línea, de acuerdo con lo que acabo de exponer aparecerá entonces la sucesión *libros este precioso* que, obviamente, no es gramatical ni aceptable en esta lengua; apliquemos entonces una regla que conocemos sin haberla estudiado, que sabemos porque somos hablantes de esta lengua, apliquemos la regla según la cual los adjetivos determinantes suelen anteponerse al sustantivo, en otras palabras, usemos la condición lineal para poner orden, unas palabras van antes y otras van después, el resultado es el siguiente: *este libros precioso*; todavía hay algo que nos impide aceptar esta secuencia y es que, justamente, se trata de una sucesión pura, en la que no hay acuerdo entre los elementos, por lo que no parece que tenemos una frase nominal sino una lista, esto es, esa “lista” no es la expresión que pueda referirse a un libro particular que parece estar cerca del hablante y que, a su vez, el hablante considera precioso, si hacemos concordar los elementos entonces aparece la secuencia *estos libros preciosos* y solamente ahora podremos aceptarla como una expresión en nuestra lengua.

Al realizar la concordancia entre los elementos le dimos cohesión al conjunto nominal, lo convertimos en la expresión que permite referirse, como decía, a un elemento LIBRO, que se encuentra cerca del hablante y que este juzga PRECIOSO. En realidad hicimos algo más, algo más complicado: al concordar los elementos de la frase nominal establecimos que la sucesión de los elementos en la cadena no es una pura sucesión, esto es, que no se trata simplemente de poner una cosa antes y otra después, sino que, EN LA LÍNEA hay una jerarquía, un núcleo que rige los elementos que lo acompañan, que impone, en este caso, la concordancia, y hace que la secuencia pueda operar como una unidad. En otras palabras, para hacer de esa secuencia un sintagma nominal (SN) debemos establecer un régimen nominal y, de acuerdo con ese régimen, todo elemento que integre el SN deberá reconocer el núcleo y concordar con él. La sintaxis debe entonces trabajar CONTRA LA LÍNEA, debe remontarla, reconocer núcleos, organizar antes que ordenar, porque la linealidad no proviene de la línea en sí, como ya dije, sino de la sucesión, y la sucesión no es una sucesión simple, sino una sucesión de jerarquías.

La más conocida y contundente presentación de este asunto, que logra conmover las bases de la ciencia que tiene como objeto la descripción del componente sintáctico es la que, en 1957, hace Noam Chomsky. Quizá contra su propio quehacer, corresponde a Chomsky el honor de haber establecido que un hablante no es lo mismo que una máquina que realiza procesos markovianos de estados finitos. Chomsky reclama:

Al menos un nivel lingüístico *no puede* tener esta simple estructura. Es decir, en algún nivel, no se dará el caso de que cada oración es representada simplemente como una secuencia finita de elementos de algún tipo, generados de izquierda a derecha por un ingenio muy simple. (1974a:40)

El camino que sigue la sintaxis chomskiana a partir de esta afirmación ya es muy conocido.²⁰ Como sabemos, Chomsky se encargará de cambiar el sentido de la línea, que ya no irá de izquierda a derecha sino de abajo hacia arriba²¹ y propondrá su gramática generativa transformacional para mostrar cómo se transita en este sentido. La sintaxis que se hará a continuación, esto es, las descripciones y explicaciones de la sintaxis de una lengua (o de las lenguas, o de LA lengua) que se harán a partir de este momento se harán por adhesión u oposición (vehementes siempre) a este modelo teórico, no podrán ignorarla y, sobre todo, no podrán liberarse del giro teórico, del cambio radical de perspectiva que esta teoría supone en la concepción del hecho sintáctico.

El cambio radical de perspectiva que supone la teoría chomskiana consiste en la posibilidad que, desde ahora, tenemos para considerar que la línea no es una mera sucesión de palabras sino, por decirlo así, una sucesión de núcleos de regencia, especie de centros de atracción que establecen jerarquías, núcleos y regímenes en varios niveles de la organización sintáctica. En los términos que he venido utilizando, lo que Chomsky nota es que hay “al menos” un nivel lingüístico más abstracto en el cual se imponen estructuras jerárquicas que no van simplemente de izquierda a derecha, que no son una pura sucesión, sino que operan, para seguir con la metáfora espacial, desde “más arriba”, es un nivel más abstracto, que determina el modo como se organizarán los elementos, ahora sí, dispuestos sucesivamente.²² Estos “núcleos” son, en los términos clásicos de la gramática generativa, un *kernel*, una horma, una estructura de frase, que coincide, según Chomsky, con “oraciones declarativas simples sin ninguna frase

²⁰ No expondré aquí los términos de esta teoría que ya he revisado en otro trabajo (cf. Domínguez 1998, cap. 3).

²¹ En realidad Chomsky dice que este modelo “genera oraciones no de «izquierda a derecha» sino «de arriba a abajo» (1974a:55), en el texto, sin embargo, he respetado la expresión más común según la cual los marcadores sintagmáticos generan estructuras superficiales, esto es, “hacia arriba”, las cuales se oponen a las estructuras profundas, “hacia abajo”. Es una metáfora espacial que puede recorrerse en ambos sentidos, yo la recorro en el mismo sentido de la pizarra donde la he expuesto tantas veces.

²² Como es bien sabido, Chomsky no va más allá de la oración. Hoy podríamos argumentar a favor de un nivel superior a la oración, el del texto, en sus mismos términos, “al menos un nivel lingüístico *no puede* tener esta simple estructura”.

compleja” (1974b:15) y de la cual pueden derivarse (por transformación) las estructuras de superficie.

Ahora bien, ¿cuál puede ser este nivel más abstracto en el que las oraciones no son todavía sino una horma, un patrón, del cual, en la perspectiva generativo-transformacional, se derivarán las estructuras de superficie?

Saussure respondería que ese nivel más abstracto es la lengua, siempre la lengua, pero opondría este argumento:

Una teoría muy extendida pretende que las únicas unidades concretas son las oraciones: no hablamos más que por oraciones, y luego desglosamos las palabras. Pero, en primer lugar, ¿hasta qué punto pertenece la oración a la lengua? Si es cosa exclusiva del habla, imposible pasar por unidad lingüística. Admitamos, sin embargo, que se descarta esta dificultad. Si nos figuramos el conjunto de oraciones capaces de ser pronunciadas, su carácter más sorprendente es el de no asemejarse absolutamente entre sí. A primera vista se inclina uno a equiparar la inmensa diversidad de oraciones a la diversidad no menor de los individuos que componen una especie zoológica; pero es una ilusión: en los animales de una misma especie los caracteres comunes son mucho más importantes que las diferencias que los separan; en las oraciones, al revés, lo que domina es la diversidad, y cuando queremos buscar qué es lo que las une a través de esa diversidad, nos encontramos, sin haberlo buscado, con la palabra y sus caracteres gramaticales, cayendo así en las mismas dificultades. (Saussure 1973:183)

Esta consideración saussureana nos recuerda que, en efecto, adelantados ya el siglo y la lingüística, no habíamos salido sin embargo de la consideración de la sintaxis como el puro “orden de lo que va junto”, como una construcción *ad hoc* que el hablante es libre de hacer en el momento en el que usa la lengua, hasta el punto de que el conjunto de oraciones capaces de ser pronunciadas nos produce la sensación de que no hay ninguna semejanza posible entre ellas. No habíamos salido de la sintaxis de la palabra, en la que cada palabra sigue a otra, sin que entre ellas haya más que una probabilidad de co-ocurrir, una sintaxis en la que es la palabra la que tiene “caracteres gramaticales” y es, por ejemplo, capaz de actuar como núcleo del predicado, y ser entonces un verbo, sin que esto implique necesariamente que su condición nuclear es tal justamente porque se encuentra en una estructura que la supera.

Chomsky obtiene así el privilegio de poder ser reconocido, tanto por sus seguidores como por sus oponentes, como el que se encargará de la discusión teórica que permite establecer, de una vez por todas, lo siguiente:

- que los caracteres comunes de la especie ORACIÓN son mucho más importantes que las diferencias que las separan pues estas diferencias son, en realidad, “superficiales” y en el componente sintáctico, como en los demás componentes de la lengua, operamos con formas y no con la sustancia;
- que esta especie es susceptible de una taxonomía, pues podemos establecer categorías, tipos y variedades, patrones y sus diferentes realizaciones;
- que los “tipos” oracionales, los “patrones”, existen en número finito, como es finito el número de reglas que permiten su “generación”.

Y sobre este fundamento entonces no solo podemos afirmar que la oración pertenece a la lengua sino que, además, operamos con TIPOS oracionales y que estos tipos constituyen categorías, o subcategorías en el sistema, del mismo modo que el sustantivo o el verbo lo son.

Antes que Chomsky, ya Mathesius había orientado en este sentido su teoría sintáctica. Así, en 1936, sostiene:

La cuestión, sin embargo, es: ¿pertenece la oración totalmente al momento transitorio y está determinada por completo, en tanto que entidad lingüística, por la situación individual en que se pronuncia? [...] la oración no es totalmente el producto de un momento transitorio, no está determinada por completo por la situación individual, y, por consiguiente, no pertenece totalmente a la esfera del habla, sino que depende en su forma general del sistema gramatical de la lengua en que se pronuncia. [...] la oración en tanto que modelo abstracto (*pattern*) debe clasificarse con las formas sintácticas y debe considerarse, en consecuencia, como perteneciente al campo de la lengua. Combinando entonces lo que acabamos de decir aquí y lo que hemos citado anteriormente del artículo del profesor Funke sobre la función denominadora, podemos decir que en la lengua tenemos la palabra en su significado conceptual y la oración como modelo abstracto, mientras que en el habla tenemos la palabra en tanto que hace referencia a la realidad concreta y la oración en tanto que expresión concreta. (en Trnka y otros 1980:100-2)²³

También Sapir, en 1921, había afirmado que “... la más importante de las unidades funcionales del habla, o sea la oración, tiene, al igual que la palabra, una existencia psicológica lo mismo que una existencia puramente lógica o «abstraída»” (1975:45). Pero es Chomsky quien logra establecer esta evidencia para la ciencia sintáctica, y será Jakobson quien afirme que “la gramática llamada transformacional puede ser considerada como una extensión fecunda del análisis paradigmático a la esfera de la sintaxis” (1984:25).

Puestos en un paradigma los tipos oracionales, retomemos una noción fuertemente emparentada, esto es, el concepto de *opción en el sistema* que presentaba ya en relación con la dicotomía lengua/habla. En un punto de la cadena, varias unidades-oración pueden concurrir en virtud de su pertenencia a un mismo tipo estructural o bien por su equivalencia funcional, pero variarán sus posibilidades de aparición, de acuerdo con la actuación de las variables contextuales y situacionales. Así, si retomamos el ejemplo anterior: *Juan llevaba aquel precioso objeto en sus manos*, podríamos hacer algunas “transformaciones” en ella y, por ejemplo, variar el orden de los elementos:²⁴

²³ Hay que notar necesariamente cómo, una vez más, los términos de Saussure aparecen casi idénticos en un praguense pero en una perspectiva radicalmente opuesta: Saussure se pregunta si la oración pertenece a la lengua, Mathesius si esta pertenece al habla, la separación es sustantiva.

²⁴ Sobre el orden de los elementos oracionales en español y la frecuencia de aparición de los esquemas oracionales, cf. Bentivoglio 1984 y Bentivoglio y D’Introno 1989.

SVO	Juan llevaba aquel precioso objeto en sus manos
OVS	aquel precioso objeto llevaba Juan en sus manos
VSO	llevaba Juan aquel precioso objeto en sus manos
VOS	? llevaba aquel precioso objeto Juan en sus manos
OSV	llevaba Juan aquel precioso objeto en sus manos
SOV	? Juan aquel precioso objeto llevaba en sus manos

También podemos cambiar la perspectiva de la oración, así:

activa	Juan llevaba aquel precioso objeto en sus manos
pasiva	aquel precioso objeto era llevado por Juan en sus manos

Otra opción es la de focalizar alguno de los elementos oracionales usando una estructura que permite la acentuación discursiva por medios sintácticos, así:

H ²⁵	era un precioso objeto el que Juan llevaba en sus manos
SH	el que Juan llevaba en sus manos era un precioso objeto
SHI	un precioso objeto era el que Juan llevaba en sus manos

O podemos usar la estructura con “ser focalizador”, y decir entonces que *Juan llevaba era un precioso objeto en sus manos*, o bien *Juan llevaba en sus manos era un precioso objeto*.²⁶

Como puede notarse enseguida en los ejemplos, las probabilidades de aparición de cada una de estas opciones es diferente y un hablante de español, normalmente, preferirá el orden SVO mientras que le “sonará raro” el orden SOV y ello, seguramente, porque este orden “suena raramente”. De hecho, según Bentivoglio y D’Introno 1989, si se consideran las oraciones simples de una muestra de habla de Caracas constituida por 5891 oraciones, y se aplica la variable /orden de los elementos/, notaremos entonces que el orden SVO aparece en un 79,26% de las estructuras y solo el 0,14% de estas presentan el orden SOV, en otras palabras, en un mismo punto, para expresar un mismo contenido, para decidir sobre lo que se pondrá antes y lo que se pondrá después en la estructura oracional y en la línea, en español, hay cerca de un 80% de posibilidades de que escojamos la forma SVO, mientras que solo en mucho menos del 1% de los casos preferiremos la forma SOV.

Así se materializan las opciones en sintaxis, así se evidencia que la lengua es un conjunto de probabilidades, un sistema probabilístico, como dirá Halliday. De esta manera se pone en evidencia que la lengua es un sistema de valores, y que cada una de las selecciones en el sistema será significativa por sí misma y,

²⁵ Sigo aquí la nomenclatura de Sedano 1990 en la que debe leerse: *H*, hendida; *SH*, pseudohendida; y *SHI*, pseudohendida inversa.

²⁶ Sobre las oraciones hendidas y el “ser focalizador” en el español de Caracas, cf. Sedano 1990.

también, por ser lo que las demás formas no son. Cada opción estará determinada, subcategorizada, funcionalmente y, de esta forma, unas aparecerán como más adecuadas que otras en ciertos contextos, unas serán más probables que otras en esos mismos contextos y situaciones discursivas. Y es así como, algunas veces, *Bella Marquesa, sus bellos ojos me hacen morir de amor*²⁷ y otras *de amor morir me hacen*; de tiempo en tiempo, *Bella Marquesa, sus ojos bellos de amor me hacen morir*, y son muy pocas las veces en que *morir sus bellos ojos de amor me hacen...* y es así como se manifiesta “lo que pasa en el alma del que habla”.

²⁷ Monsieur Jourdain (*Le bourgeois gentilhomme* de Molière que descubre un día que ha hablado toda su vida en prosa) pide a su maestro de filosofía que lo ayude a escribir una pequeña nota a cierta Marquesa y entonces “Quisiera escribirle: *Bella marquesa, sus bellos ojos me hacen morir de amor* [*Belle Marquise, vos beaux yeux me font mourir d’amour*]”, a lo cual sigue este diálogo:

MAESTRO DE FILOSOFÍA: En primer lugar puede poner lo que usted ha dicho: *Bella Marquesa, sus bellos ojos me hacen morir de amor*. O bien: *De amor morir me hacen, bella Marquesa, sus bellos ojos*. O bien: *sus ojos bellos de amor me hacen, bella Marquesa, morir*. O bien: *morir sus bellos ojos, bella Marquesa, de amor me hacen*. O bien: *me hacen sus bellos ojos morir, bella Marquesa, de amor*.

MONSIEUR JOURDAIN: Pero de todas esas formas ¿cuál es la mejor?

MAESTRO DE FILOSOFÍA: La que usted dijo: *Bella Marquesa, sus bellos ojos me hacen morir de amor*.

4. De oralidad y escritura

... los escritores, al expresarse en lenguaje literario, se apoyan siempre en el oral, y las personas educadas ponen el ideal de su hablar en las normas de la lengua literaria. Cuando se sigue escribiendo una lengua literaria sin apoyo en el lenguaje oral, se convierte en lengua muerta, como le sucedió al latín en la Edad Media. Y si el español, el francés o el inglés hablados han alcanzado tal calidad y perfección, es por haber atendido las gentes al ideal de la lengua literaria. Cuando el lenguaje oral se desentiende del literario, se empobrece y queda en estado dialectal. (Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña. Introducción a la *Gramática Castellana*, 1983:13)

Como hemos visto hasta ahora, el estudio de las realizaciones de la lengua, el estudio del habla, ha tenido una suerte dispareja. Incluso el mismo Saussure, quien propone la distinción, no sabe “cómo desentrañar su unidad”. Ahora bien, cuando se considera el habla, enseguida se pone en evidencia que se pueden distinguir, a su vez, dos modalidades: el habla oral y el habla escrita,²⁸ y la suerte de estas ha sido aun más dispareja. Se puede remontar el origen de esta disparidad. En primer lugar, el habla escrita ha sido reiteradamente definida por los interesados como el reflejo fiel de la oralidad, entre ambas no habría más diferencia que la del medio (fónico o gráfico) por el cual se ejecutan. Enseguida, incluso mientras lo afirman, los estudiosos (gramáticos y lingüistas) no han podido dejar de notar que esta afirmación no es tan verdadera como quisieran y que, entre la oralidad y la escritura, hay algunas y muy variadas diferencias. Enseguida la oralidad aparece como desordenada y dispersa, incluso “incorrecta”, creada bajo las presiones del momento y de la interlocución “cara a cara” que tanto se ha mencionado como característica del uso oral; mientras que, en contraste, la escritura aparece como cuidada, ordenada, da incluso la impresión de ser más “cultura” y más “correcta”. La consecuencia de esta percepción vendrá entonces “naturalmente”: la escritura pasará a ser el modelo del uso de la lengua y la oralidad será relegada por “indomable”. Sobre esta convicción se establecen las normas del “buen hablar” y toda la gramática tradicional, definida como “el arte de hablar correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada” (Bello 1972:15, párr.1), se formulará entonces como una descripción normativa que solo puede encontrar sus ejemplos en Cervantes, Unamuno, o el anónimo creador del *Lazarillo de Tormes*. Por este giro, aparece entonces que el ideal del uso de la lengua es la escritura, pero no cualquiera, lo será la escritura literaria y, así, la “lengua de Cervantes” lo será porque en cada página de la gramática académica encontraremos una cita de alguna de sus obras.

Este proceso de “idealización” de la escritura y rechazo de la oralidad se ha hecho con no pocas confusiones intermedias. Así, Juan de Valdés afirmará su

²⁸ Voy a distinguir, a partir de aquí, al hablante que realiza la producción oral: el *hablante* propiamente tal, de aquel que usa su lengua por escrito, esto es, el *escritor*. Igualmente, distinguiré con el término de *colocutor* al receptor del habla oral y, tradicionalmente, *lector* será el receptor del habla escrita.

famoso “sin afetacion ninguna escribo como hablo”,²⁹ y mostrará intuitivamente que hay al menos una diferencia entre la oralidad y la escritura, mientras su contrincante Antonio de Nebrija encontrará que “no es otra cosa la letra, sino figura por la cual se representa la boz”,³⁰ y entonces dedicará el primer libro de su gramática a la ortografía en la cual expone detalladamente, en una fonología temprana, el modo como se pronuncian” las letras. Todo esto no sería sino una anécdota en la historia de nuestra ciencia si no fuera porque esta idea ha persistido no solamente entre los lingüistas³¹ sino también entre los maestros, quienes enseñan a leer como una especie de traducción de la letra al sonido y de este a la letra y luego podrán juzgar la escritura según esté o no escrita de acuerdo con ciertas normas difusas del “buen hablar”.

La cita que abre este párrafo nos da evidencias de la manera como han sido complicadas las relaciones entre la oralidad y la escritura en la tradición gramatical. De un modo circular, para Alonso y Henríquez Ureña, el uso oral sirve de apoyo a la lengua literaria y esta, a su vez, a la lengua oral, que tiene en la primera “el ideal de su hablar”. Los autores sospechan la necesidad de que una lengua sea funcional, conjunto de medios apropiados para la comunicación entre los hablantes, los autores sospechan, como Saussure, que “el habla es necesaria para que la lengua se establezca”, pero, al considerar el habla, se encuentran con la distinción entre oralidad y escritura, se encuentran con la multiformidad del uso oral y la muy cuidada expresión escrita (literaria) y suponen que a diario, en la conversación cotidiana, un hablante educado podrá tener en la literatura “el ideal de su hablar” y que, de hecho, deberá hacerlo, so pena de dejar a la lengua de tal manera empobrecida que esta pueda llegar al “estado dialectal”.³²

El habla se ha convertido exclusivamente en habla escrita literaria, es así como se supone que se debe configurar la lengua; ahora no solo considerada homogénea sino monolítica, según un solo tipo de uso. Cada vez más, el habla oral se distanciará de la escritura y *la lengua* será “la lengua de Cervantes”. Así la hemos llamado, orgullosos, para hacer notar que esta es la lengua que también habló y escribió Cervantes, pero hemos terminado creyendo que tenemos que hablar como él.

¿Existe en realidad alguna diferencia entre el uso oral y el uso escrito? En el segundo párrafo de este capítulo presentaba el trabajo de algunos psicolingüistas cuya investigación sustenta el carácter cognitivo de la condición lineal en el uso de la lengua. Así, Vigotsky y Luria, y también Levelt, nos dan evidencias de que hay un proceso de planificación previa a la producción del discurso, a su realización lineal y, de allí, podíamos concluir que el proceso completo toma tiempo.

²⁹ Juan de Valdés. 1972 [1535-6]. *Diálogo de la lengua*. Barcelona: Bruguera.

³⁰ Antonio de Nebrija. 1980 [1492]. *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Editora nacional.

³¹ Hasta hoy en día, un gramático como Alarcos podrá decir que “Para conservar las manifestaciones orales se utiliza la escritura” (1994:25).

³² EL uso que Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña hacen aquí del término *dialectal* no se corresponde en nada con el que, de este término, hace la lingüística actual.

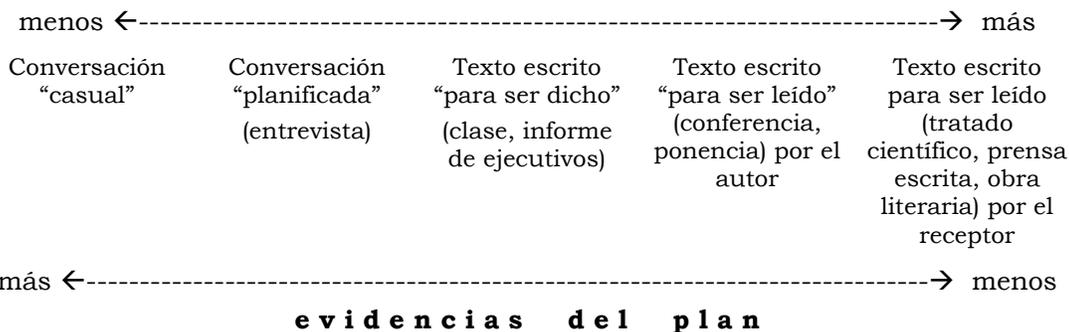
Si consideramos solo este criterio aparecerá enseguida una diferencia fundamental. El uso oral de la lengua no tiene tiempo para la planificación previa, en efecto, en su realización, el tiempo de la planificación y el de la producción coinciden casi totalmente. Al contrario, en la escritura, la planificación y la producción se separan contundentemente. Por eso la escritura no deja rastros de la planificación, se presenta como producto terminado, mientras que la oralidad, por el contrario, no puede sino dejar los rastros del plan, el hablante tiene que planificar “sobre la línea”. Esta es la diferencia fundamental.

Es importante insistir en que, en ambos casos, tanto la oralidad como la escritura, se planifican, el hablante y el escritor tienen que tomar decisiones sobre la situación, la interlocución, las razones de ser de su discurso, deben seleccionar en el sistema las opciones más adecuadas para realizar su objetivo en la comunicación, ahora bien, en la oralidad estas decisiones generalmente coinciden con el momento de la producción, mientras que en la escritura no. De esta manera el rasgo fundamental que las diferencia es LA TACHADURA. La diferencia fundamental es que en la escritura (en el texto como producto escrito) no quedan evidencias de la planificación, mientras que en la oralidad estas evidencias se muestran todas.

Así, el rasgo [\pm *plan previo*] o, mejor aún, [\pm *coincidencia temporal entre la planificación y la producción*] o, incluso, el rasgo que puede proponerse por las consecuencias de los que acabo de mencionar, esto es, el rasgo [\pm *evidencias de la planificación presentes en el texto*], permiten imaginarse un continuo en el cual, en un extremo (el derecho), se encontraría un texto planificado previamente... este, por ejemplo, o cualquier texto escrito que permita “editar” y reeditar lo escrito, corregir sin que queden evidencias de ello; en el otro extremo (hacia la izquierda), encontraríamos un texto que se planifica simultáneamente con su producción, esto es, una de esas conversaciones “casuales” con un desconocido que está en el banco esperando su turno desde hace tanto tiempo como nosotros. Entre los dos extremos es fácil imaginarse algunos textos intermedios: cerca del extremo izquierdo se puede encontrar una de esas conversaciones para las cuales nos “preparamos” porque tenemos algo importante que decir, para estas pedimos cita y, algunas veces, organizamos una agenda; del otro lado, cerca del extremo donde están los textos que se corrigen y se vuelven a corregir, se encuentran los textos escritos para ser dichos, tales como las conferencias y las ponencias, y desde este punto hacia la izquierda, algunos textos que se planifican previamente, para los cuales se prepara un “esquema” pero que no se pueden ser corregidos en su producción, esto es, que no se presentan como producto acabado, como por ejemplo una clase o la presentación de un informe ante el comité de ejecutivos de la empresa. Todo esto, en un diagrama, se vería así:³³

³³ Evidentemente, se puede concebir un buen número de textos “intermedios” o bien “extremos” en relación con los que se presentan en este diseño de un continuo, yo me he limitado a incluir en él los que he comentado en el texto.

Planificación previa



La planificación, entonces, siempre tiene lugar, y lo que varía es el tiempo previo que puede transcurrir, o no, entre la planificación y la emisión. En algunos casos disponemos del tiempo necesario para la organización y la revisión, en otros casos no, pero siempre planificamos y, si tenemos que hacerlo “simultáneamente”, aun en esos casos la planificación tiene lugar. El habla oral da constantemente evidencias del proceso de planificación necesario para la producción: los cambios de orientación del texto que un hablante puede producir en el curso de la realización oral, los arranques en falso, las correcciones “en línea”, los marcadores de hesitación que interpretamos como tiempo para planificar, el uso de ciertos marcadores de reformulación, son todos estos elementos los que, justamente, le han hecho ganar a la oralidad su fama de “desordenada” y “descosida”.³⁴ Me parece que, justamente, es esta la característica que mejor distingue a la oralidad de la escritura. **La oralidad es la realización de la lengua que deja ver las evidencias de la planificación que tiene lugar.**

Si saludamos con tan grande contento la creación y desarrollo de los, así llamados, procesadores de palabras, fue porque estos nos permitieron optimizar, sin rayas ni tachaduras, y de una manera mucho más ecológica, lo que ha sido la ganancia del uso escrito de la lengua: la posibilidad de corregir y volver a corregir sin que haya luego evidencia de ello. Y es que desde la más temprana escolarización nos han enseñado que la escritura no debe dejar evidencias del “error”, que no se tacha sobre el cuaderno y que una buena goma de borrar es un gran aliado para salvar la cara. En la oralidad sin embargo, somos más condescendientes y aceptamos la corrección sobre la línea, permitimos (ciertos) “errores” y que estos sean corregidos sobre el texto.

Hasta prueba de lo contrario, esta “tachadura” no afecta nuestra comprensión de lo que se nos dice. Más todavía, algunas veces es interpretable, y

³⁴ Urbano 1998 revisa detalladamente un texto oral y uno escrito para mostrar, con los datos, cómo se oponen los textos, en los distintos niveles de planificación, y de acuerdo con el tipo de uso de la lengua (en su caso, la lengua portuguesa de Brasil).

juzgamos un texto “hesitante” como evidencia de la inseguridad de su emisor, uno muy planificado como evidencia de que hay “otro sentido” que debe interpretarse, y algunas veces somos juzgados por lo que empezamos a decir y no concluimos antes que por lo que dijimos efectivamente. En este sentido, Claire Blanche-Benveniste afirma que:

Como participantes de un diálogo, estamos atentos sobre todo a lo que el otro *quiere decir*, más que a lo que *dice*, y a la forma exacta y literal de su discurso. Sin duda, esto es lo que explica que finalmente nos molestan poco las repeticiones, los titubeos y los recomienzos propios del lenguaje hablado improvisado, que percibimos apenas (y que parecen insoportables cuando se los pone por escrito). (1998:41)

Así, su característica más evidente es, al mismo tiempo, su ventaja y su desventaja, la oralidad nos permite la corrección en marcha, pero esta posibilidad la ha hecho ser excluida o relegada (si no descalificada) de los estudios lingüísticos hasta hace muy poco.

Otro calificativo que se ha ganado la oralidad es la de ser más “espontánea” que la escritura y lo que he venido diciendo hasta aquí en realidad contradice esta idea de espontaneidad en el uso oral. Desde mi punto de vista esta idea de la “espontaneidad” de la oralidad proviene del hecho de que, cuando decimos oral, enseguida pensamos en una grata conversación entre personas íntimas, en cuyo caso la ganancia, no de la oralidad sino de nuestra relación es, justamente, poder ser espontáneos, ahora bien, ¿cuán espontánea puede ser esa misma conversación si estamos con alguno de nuestros superiores, o con alguien a quien, simplemente, queremos impresionar? Será también una conversación, será oral (no hay otra manera) pero ¿será espontánea?

También se ha dicho que la oralidad es mucho más “natural” que la escritura. Se especializan incluso los términos para expresar la apropiación de la lengua por parte del niño que “adquirirá” la lengua oral mientras que “aprenderá” la escrita. Ahora bien, probablemente esta diferencia haya sido tal cuando aquel *homo sapiens* desconocido realizó las primeras inscripciones en su cueva. Hoy en día, y a pesar de las lamentables diferencias sociales que la condición de analfabeta pueden significar para un individuo, grupo o nación, esta “naturalidad” es indefendible.

Voy a sostener entonces la existencia de un plan (previo o simultáneo a la producción) y voy a sostener incluso la NECESIDAD del plan de producción textual, porque únicamente de esta manera podemos concebir un texto que logre adecuarse a la situación comunicativa en la que se inserta. La planificación puede “extremarse” en un sentido o en otro (del continuo que presentaba arriba), pero siempre se hace tan espontánea y naturalmente como puede parecernos usar nuestra lengua materna.

El rasgo [\pm coincidencia temporal entre la planificación y la producción] permite también empezar a conjurar la confusión que arrastra el canal de transmisión del mensaje (fónico o gráfico), con el *tipo de situaciones* en las que aparece. Es cierto que la escritura es un valor cultural que, en nuestras

sociedades, se relaciona con el saber y las instituciones. Álvarez la relaciona directamente con las formas del poder social (cf. 2000:41-8).³⁵ En efecto, “pásemelo por escrito” es la fórmula con la cual muchas de nuestras gestiones públicas o incluso privadas encuentran su camino en la organización social. Así, la escritura suele asociarse más frecuentemente con situaciones formales de habla mientras que la oralidad, cuando no es la única forma de comunicación con la que cuenta el individuo, es comúnmente asociada con situaciones informales. Quizá esta idea de la informalidad de la oralidad provenga del hecho de que la oralidad no nos da garantía de permanencia, mientras que la escritura nos permite, justamente, organizar y manipular mejor los contenidos que queremos comunicar. Pero la escritura no es formal en sí misma, como tampoco la oralidad es informal *per se*, lo que puede llamarse formal o informal son las situaciones con las cuales asociamos más un tipo de realización de la lengua u otro, las relaciones sociales que mantenemos preferentemente por un medio u otro.

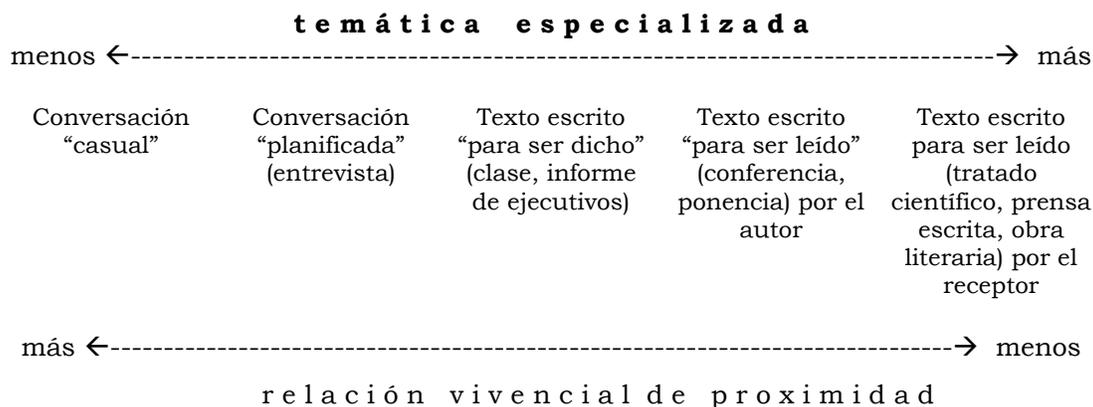
En la más reciente lingüística hispánica, Antonio Briz y el grupo Val[encia].Es[pañol].Co[loquial] han realizado no poca investigación para tratar de establecer lo que caracteriza el uso oral y, en particular, el uso oral coloquial de nuestra lengua.³⁶ Así, para este autor, “saber de la existencia del español coloquial y creer reconocerlo a partir de ciertos rasgos o impresiones sobre este dista mucho de definirlo sistemáticamente, más aún si, como parece, lo oral, lo conversacional y lo coloquial (y lo vulgar) constituyen para muchos una misma realidad lingüística” (1998:36). Briz propone entonces un conjunto de rasgos “coloquializadores”, esto es, “rasgos asociados a la situación, al contexto comunicativo, que favorecen el empleo del registro coloquial”, a saber:

- la *relación de igualdad* entre los interlocutores, ya sea social (determinada por el estrato sociocultural, la profesión, etc.) o funcional (el papel que poseen en una situación; por ejemplo, un profesor y un peón de albañil ingresados en el hospital en la misma habitación son funcionalmente enfermos). La relación entre iguales o. En términos de Brown y Gillman (1960), de [-poder] y [+solidaridad] favorecen la coloquialidad;
- la *relación vivencial de proximidad*: conocimiento mutuo, saber y experiencia compartidos (presuposiciones comunes);
- el *marco discursivo familiar*: determinado por el espacio físico y la relación concreta de los participantes con ese espacio o lugar;
- la *temática no especializada*: cotidianidad; el contenido enunciativo lo constituyen temas al alcance de cualquier individuo. (1998:41)

³⁵ En Álvarez 2000, capítulo 1 (“La oralidad”), puede encontrarse una presentación de estos mismos conceptos muy cercana a la que presento aquí. También muy cercana es la posición que sostiene Narbona 1996b.

³⁶ En nuestro ámbito geográfico, en Brasil se ha desarrollado un nutrido conjunto de estudios a partir del *Corpus de la Norma Urbana Culta de la ciudad de São Paulo*. Los muchos y muy variados trabajos de los lingüistas brasileños están recogidos en Preti y Urbano (orgs.) 1990 y Preti (org.) 1993, 1997, 1998 y 2000.

También en este caso puede proponerse un continuo (varios, en realidad), según se considere cada uno de los rasgos presentados por Briz. Así, por ejemplo, si consideramos los mismos tipos de texto del continuo que teníamos arriba, tendremos, por ejemplo:



El rasgo [\pm coincidencia temporal entre la planificación y la producción] ha aparecido en algunos trabajos más o menos recientes sobre la diferencia entre oralidad y escritura. Por ejemplo, Elinor Ochs (1979), en un trabajo comentadísimo desde entonces, fundamenta la distinción entre oralidad y escritura en tanto se trata, respectivamente, de discurso no planificado y discurso planificado³⁷. Ochs señala que, en el centro de su definición de “planificación discursiva” deben encontrarse dos nociones: la de “anticipación” [*forethought*] y la de diseño u organización. Así, el texto planificado es aquel que puede diseñarse anticipadamente y revisarse sucesivamente hasta que el momento de la producción o la satisfacción del escritor hayan sido alcanzadas. Por su parte, el texto no planificado es justamente el que se le opone, sin diseño u organización previa, sin posibilidad de ser revisado.

Un aspecto más de este rasgo, tal como lo propone Ochs, es que, para la autora, este puede aplicarse no solamente como un rasgo realizado, texto *planificado* o no planificado, sino como un rasgo anticipado esto es, podemos caracterizar los textos en la medida en que estos son *planificables*, o no lo son, anticipadamente. Así, una conversación informal será menos planificable que una conferencia, y esta lo será más que una clase.³⁸

³⁷ El concepto de plan que presenta Ochs se parece más bien al de [\pm coincidencia] que he venido usando aquí pues, como ya he dicho, plan/planificación hay en todo texto.

³⁸ En este mismo artículo Elinor Ochs analiza una serie de rasgos morfosintácticos caracterizadores, en inglés, del discurso no planificado previamente, por ejemplo, el alto índice de repeticiones, la tendencia a la realización en estructuras sintácticas relativamente simples o la preferencia por los conectores pragmáticos (marcadores de discurso) antes que sintácticos. De esta manera la autora sigue muy de cerca la hipótesis de Givón 1979 sobre el “modo sintáctico” vs. el “modo pragmático”. Recordemos que, para Givón, el “modo pragmático” caracterizaría tanto la ontogénesis como la filogénesis que se acercarían luego, evolutivamente, hacia el primero. En ese mismo sentido, Ochs emparenta el habla espontánea del adulto y el habla infantil las cuales, según la autora, manifestarían la tendencia hacia el “modo pragmático” el cual, a su vez, podría

Para Wallace Chafe (1982), por su parte, todo es cuestión de tiempo, tiempo para planificar, para organizar, para corregir. Así, las diferencias entre la oralidad y la escritura se encontrarían fundamentalmente en el hecho de que: i) la expresión oral es más veloz que la expresión escrita (y más lenta que la lectura); y que ii) en la conversación los hablantes interactúan directamente con sus audiencias mientras que los escritores no pueden hacerlo. La acción directa de estos hechos en la producción lingüística producirían, como consecuencia, dos rasgos diferenciadores, por un lado la mayor o menor *integración de los enunciados* según se hable o escriba, por el otro, en mayor o menor “*enganche*” [*involvement*]³⁹ entre los colocutores, según estén presentes en el evento de habla o no.

La producción del habla oral, según Chafe, es más rápida, esto es, el tiempo que transcurre entre el proyecto de la alocución y la producción efectiva del discurso es mínimo, mientras que, en la escritura, el tiempo es mayor. Chafe comienza considerando la producción material de la oralidad y la escritura, y comenta en su artículo que, en efecto, articular sonidos es algo que hacemos con mucha mayor rapidez que escribir letras, independientemente de la mano o la máquina que nos permite realizar la escritura. Igualmente, el habla oral debe tener un cierto ritmo de producción que mantenga la atención del colocutor, mientras que el lector puede tomarse el tiempo que quiera. Chafe comienza considerando anecdóticamente las diferencias de tiempo que, en efecto, el hablante y el escritor tienen, diferencias en el tiempo de planificación previa de su discurso, pues el hablante deberá planificar simultáneamente con la producción y las correcciones tendrá que hacerlas sobre la marcha, localmente, mientras que el escritor puede diseñar, producir y editar.

En la línea del texto, esto se reflejará, según Chafe, en una mayor o menor integración de las ideas en una o varias unidades lingüísticas. Para el autor, la oralidad “fragmenta” la información y la codifica en oraciones “con una sola unidad de información” [*idea unit*], que aparecen yuxtapuestas y, eventualmente relacionadas con conectores textuales. La escritura, por su parte, “integra” más de una unidad de información en una misma unidad lingüística, se organiza en oraciones más complejas, mediante la inserción de cláusulas subordinadas.⁴⁰ En

caracterizarse por los rasgos antes mencionados como característicos del discurso no-planificado. Esta comparación no es inocente y la autora hace aparecer, entonces, en ciertos casos, la oralidad como “pueril”.

³⁹ Tannen 1989 desarrolla esta noción de “enganche” interlocutivo. La autora encuentra que los textos pueden desplegar mecanismos variados de “conexión” con el interlocutor y considera detalladamente el paralelismo, la repetición, el uso de figuras de la expresión, el reporte directo del discurso y las narraciones de eventos personales, entre otros.

⁴⁰ Este es un rasgo que también considera la Real Academia como distintivo entre la oralidad y la escritura, pero lo interpreta de acuerdo con su punto de vista, como sigue: “Desde hace tiempo, la Lingüística ha demostrado en firme que la unión asindética, la paratáctica y la hipotáctica, son fases distintas de un mismo proceso histórico. Ya hemos dicho antes que en la época prerrománica desaparecen casi todas las conjunciones latinas, porque no eran necesarias para la expresión en aquellos siglos de baja cultura; y las lenguas romances van creando un nuevo sistema conjuntivo, a medida que adquieren seguridad en sí mismas y necesitan enriquecer sus medios de enlace oracional. No se trata tanto de un proceso diacrónico en la evolución del lenguaje humano, como de un hecho observable en la sincronía de todas las lenguas de cultura, En

efecto Chafe encuentra en sus datos un mayor índice de complejidad sintáctica en la escritura.⁴¹

Y si el tiempo del que se dispone es un rasgo caracterizador de la producción, también lo es de la comprensión. Tampoco el colocutor o el lector tienen el mismo tiempo para procesar los mensajes que reciben. El primero debe hacerlo simultáneamente con el momento de habla, mientras que el lector puede, como el escritor, revisar y editar su comprensión. Y es justamente en función de la comprensión, de la inter-comprensión, que se fragmenta la información: para presentar la información una por una.⁴²

En cuanto al “enganche” con la audiencia, necesaria en la interlocución oral (pero también en la escrita, obviamente), Chafe encuentra en sus datos que, en la oralidad, hay más evidencias de este “enganche”, encuentra mayor índice de referencia a la primera persona (61.5 ocurrencias por mil palabras en la oralidad, contra 4.6 en la escritura); igualmente nota que la oralidad favorece la presencia de referencias a los propios procesos mentales del hablante, marcadores interlocutivos que “monitorean” el canal y la atención del colocutor, marcadores enfáticos y discurso reportado.⁴³ En otras palabras, en los datos de Chafe lo que aparece es una alta tendencia, en la oralidad, hacia el uso de formas que ratifican la (co-)presencia. No se trata de que estos medios no funcionen también en la escritura sino de que, en sus datos, estos parecen favorecerse por el uso oral.

Para decir solo lo evidente, en el acto interlocutivo oral o escrito, no se trata de la mera (co-)presencia (efectiva o virtual) de los interlocutores, sino de su existencia en el plan del hablante o del escritor. Siempre hay que negociar el diálogo, en la oralidad el colocutor está presente e incluso su mirada nos deja saber si estamos alcanzando nuestro objetivo comunicativo; en la escritura hay que imaginar algún “desocupado lector” que completará el acto interlocutivo.

En 1994, Chafe propone un conjunto de rasgos más amplio para diferenciar la oralidad de la escritura, a saber: el carácter “evanescente” de la oralidad frente a la permanencia de la escritura; las diferencias en el TEMPO de la producción; el carácter espontáneo de la oralidad vs. el texto escrito deliberadamente trabajado;⁴⁴ la riqueza prosódica de la oralidad; la mayor

donde conviven los tres procedimientos de enlace en proporciones variables según el grado de instrucción literaria de las diferentes clases sociales: los niños y las hablas vulgar y rústica usan muy pocas conjunciones en comparación con la riqueza expresiva del habla culta y literaria.” (1973:502, párr. 3.17.4.a).

⁴¹ Antonio Briz 1998 dedica todo un capítulo (3: “Las constantes y estrategias del registro coloquial en la conversación”) a la consideración de la “gramática” de la oralidad. Observa allí, como Chafe, que “Uno de los rasgos más notables de la construcción coloquial es la concatenación y, a veces, acumulación de enunciados, no necesariamente independientes: La sintaxis *concatenada*, frente a la sintaxis incrustada del modo escrito y el registro formal” (1998:68).

⁴² Chafe se refiere a la Hipótesis de “Una cláusula a la vez” [“*One-clause-at-a-time*”] propuesta por Pawley y Syder 1983. (En ese artículo los autores proponen una revisión de ciertas estructuras sintácticas del inglés y de su tendencia a realizarse, preferentemente, en la oralidad o en la escritura. La restricción de “una cláusula a la vez” aparece, para los autores, como característica de la oralidad.). En este capítulo he presentado la misma hipótesis a partir de las teorías psicolingüísticas que sustentan la condición lineal de los mensajes lingüísticos.

⁴³ Vuelvo a recomendar el capítulo 3 de Briz 1998.

⁴⁴ Ya he comentado antes este rasgo y la opinión que me merece, creo que podríamos hablar, en este caso, de la diferencia en la planificación previa entre la oralidad y la escritura.

“naturalidad” del uso oral;⁴⁵ y, la contextualización inmediata de la oralidad frente a la “desituación” de la escritura que, de acuerdo con el autor, no estaría inserta en una situación de comunicación como lo estaría el habla⁴⁶ (cf. 1994:44). Chafe termina concluyendo que "cada tipo ofrece sus propias posibilidades e impone sus propias restricciones" (*id.*: 49), es decir, después de esa diferenciación un poco vaga y que parece que él mismo parece encontrar deficiente, decide reconocer que son dos tipos de uso que cumplen funciones diferentes y, por lo tanto, deben tener formas diferentes.

Para Michael A. K. Halliday (1989) todo el asunto proviene del medio de “transcripción” de la oralidad. Si esta aparece como desordenada, llena de falsos arranques, pausas y silencios es porque, justamente, en la oralidad estos pueden traslucir, mientras que, en la escritura no hay evidencias de ello. Para Halliday, otra sería la idea que tenemos de la escritura si a cada texto escrito lo acompañara el conjunto de borradores previos que han podido prepararse y, contundentemente, presenta al final de uno de los capítulos de su libro el facsímil de un párrafo de ese mismo capítulo, escrito a mano, con letra casi ilegible, líneas tachadas y otras rayadas encima con una línea ondulada, corrección de palabras, oraciones y segmentos enteros. De nuevo nos encontramos con la planificación como el rasgo diferenciador, de nuevo se trata del tiempo previo entre la proyección y la producción: mientras el tiempo previo disponible sea menor, mayor será la apariencia de destartalamiento.

Halliday afirma (en negritas en el texto) que “el uso oral no es, de hecho, ni menos estructurado ni menos organizado que la escritura”, y prosigue “no puede ser de otra manera, pues ambos son manifestaciones del mismo sistema [...] Lo que cambia es la gramática” (1989:79-80), los modos de la puesta en palabras.

Halliday empieza por establecer que hay diferencias de función e intenta entonces establecer criterios sintáctico-textuales que permitan distinguir lo oral de lo escrito, criterios que podrían incluso cuantificarse basados en la gramática de cada uso, y ello de acuerdo con los rasgos: la densidad léxica y los mecanismos para representar la experiencia que se ponen en uso en cada caso. "Written language represents phenomena as *products*. Spoken language

⁴⁵ Chafe remonta esta noción de “naturalidad” a los orígenes del lenguaje. De donde se sigue que esta naturalidad significa que el habla es natural para la especie. Reitero aquí que no puedo explicarme por qué, a estas alturas, la lengua escrita sigue siendo considerada “artificial” para esta misma especie que ha logrado magnificar su influencia en todos los niveles de nuestra cultura.

⁴⁶ Para continuar con los comentarios en nota: este rasgo me parece quizá el menos apropiado de todos. Es cierto que cuando hablamos estamos insertos en una situación “aquí y ahora”, frente al interlocutor y en un contexto social determinados, ahora bien, todos esos elementos son, en realidad, parte de nuestro conocimiento. Conocemos tipos de situaciones, tipos de interlocuciones, tipos de interlocutores e identificamos a partir de ellos a nuestros interlocutores y situaciones actuales. Me parece que gran parte de la efectividad de nuestras comunicaciones se perdería si, cada vez que habláramos, tuviéramos que empezar a conjeturar qué tipo de evento lingüístico estamos viviendo. Justamente el concepto de registro propuesto por Halliday es un intento de tipificación, en nuestra ciencia, de ese saber que todo hablante tiene. Y si esto es así, si se trata de una competencia entre las varias de las que hacemos gala al hablar, entonces esta competencia actúa de la misma manera cuando hablamos que cuando escribimos. Es iluso pensar, en mi opinión, que escribimos para “alguien” cuyos intereses, conocimientos y esperanzas no podemos, al menos, suponer. Así, incluso el “desocupado lector” del Quijote tiene un rostro previsible.

represents phenomena as *processes*. And this correspond to the difference between written and spoken discourse." (1989:81). Así, para Halliday, en la oralidad aparecerían más formas verbales, para expresar sucesiones de eventos, de procesos, y el marco para ello sería la cláusula que, para Halliday como para Chafe, coincide con una unidad de información que se realiza en un mismo contorno entonativo. Esto supone entonces, en la oralidad, el rasgo de "fragmentación" del enunciado mientras que, por el contrario, la escritura (una vez más, planificada anticipadamente) se realiza fundamentalmente en estructuras más complejas. También, la escritura favorecería la creación de referencias más complejas (en el ámbito nominal), lo que supone una mayor densidad léxica, esto es, la integración que permitirá mayor densidad referencial en un mismo SN que, por su parte, en la oralidad, se fragmentaría en unidades referenciales más "livianas".

Los criterios parecen ser, una vez más, las diferencias en el plan y las consecuencias en la realización, consecuencias que se concretarán, para Halliday como para Chafe, en la mayor fragmentación de los enunciados orales que aparecerán preferentemente con la forma de la oración simple, al contrario que la escritura donde se integrarán y tomarán la forma de la oración compleja.

Halliday concluye, una vez más contundentemente, que "si persistimos en tratar el habla [oral] como una caricatura de sí misma, mientras ponemos la escritura (como una inscripción) en un pedestal, entonces no habrá manera de entender alguna vez cómo el niño humano es capaz de aprender[las]" (*id.*:101).

En un sentido muy cercano al que he presentado hasta aquí, Pessoa 2000 reflexiona sobre las "posiciones intermedias" en el continuo oral-escrito y considera, por ejemplo, textos como las conversaciones virtuales o los diversos tipos de entrevistas en los medios de comunicación orales y escritos. Para "situar" estas posiciones intermediarias propone, que se consideren tres dimensiones, a saber: el tiempo, el espacio y los actores del acto comunicativo. De estas tres dimensiones se derivarían, a su vez, los rasgos que permiten diferenciar el uso oral del uso escrito, como sigue:⁴⁷

Tiempo [± concomitancia de la elaboración y la producción]	{	[± planificación] [± presencia de las marcas de formulación y reformulación] [± continuidad] ⁴⁸
Espacio	{	[± co-presencia de los interlocutores] ⁴⁹ [± presencia del contexto de situación]

⁴⁷ Como siempre, estos rasgos representan los extremos de un continuo.

⁴⁸ Cf. el rasgo propuesto por Chafe 1982, [± fragmentación].

⁴⁹ Narbona hace notar, muy justamente, que "la conversación cara a cara (o 'en directo') ha dejado de ser la única situación de interlocución. Basta pensar, por ejemplo, en las posibilidades abiertas por el teléfono, el

Actores {

- [± construcción “colectiva” del texto]
- [± distanciamiento de la enunciación]
- [± formalidad]
- [± simetría entre los interlocutores]

Los rasgos que he presentado hasta ahora, así como su utilidad en el análisis de la lengua oral, se pondrán en evidencia clara mediante un ejemplo.

... es decir que... hay un proceso... hay un proceso largo... y es un proceso que toma... TIEMPO ¿mm?... PLANIFICAR es un proceso que toma tiempo. Establecido esto... diremos... que ese tiempo es mínimo, o es coincidente con la producción de la oralidad... y es el que uno quiera tener, o casi el que uno quiera tener (a veces no es tanto [variación de la entonación]), pero es “el que uno quiera tener”... en la producción de la escritura ¿mm? e... [pausa larga] y aquí hay puntos intermedios... [señalando en el pizarrón un continuo similar al presentado arriba] aquí tengo... plan... y producto, simultáneos, al mismo tiempo [mientras escribo en el pizarrón]... en el otro extremo... en este otro extremo [señalo y escribo] tengo menos simultaneidad... plan simultáneo, plan menos simultáneo... CON EL PRODUCTO. El resultado de eso es... que... si yo estoy planificando... y produciendo, produzco y... corrijo sobre la marcha... y vuelvo... lo mismo que hago cuando estoy escribiendo, solo que cuando estoy escribiendo... produzco, corrijo, rompo la hoja, repito, aparece la hoja en limpio, sobrescribo, vuelvo a escribir, lo vuelvo a ver... y hasta que no quede de acuerdo con lo que yo creo que es lo más adecuado... lo que debe haber en esa página... no se manda a la imprenta... ¿mm? ... en el medio hay cosas como esta [la clase]... en las cuales hay una planificación previa... porque normalmente uno planifica su clase, pero es UN plan, uno hace el diseño de la clase... pero después no la puede leer...⁵⁰

El texto anterior es un segmento transcrito de una clase dictada por mí en la cual exponía lo que, en este trabajo, se ha presentado de la siguiente manera:

La planificación, entonces, siempre tiene lugar, y lo que varía es el tiempo previo que puede transcurrir, o no, entre la planificación y la emisión. En algunos casos disponemos del tiempo necesario para la organización y la revisión, en otros casos no, pero siempre planificamos y, si tenemos que hacerlo “simultáneamente”, aun en esos casos la planificación tiene lugar. (*vid supra*)⁵¹

La comparación simple de los dos textos, sin profundizar mucho en el análisis, permite constatar varias diferencias entre ambos. A saber.

correo electrónico, etc. al permitir intercambios comunicativos (orales o escritos) que implican alteridad e intersubjetividad” (1996b:159). Pessoa nota esta misma condición.

⁵⁰ Maestría en Lingüística, Seminario de “Sintaxis de la lengua oral”, tercera sesión, 9 de octubre de 2001. Para los criterios de transcripción ortográfica que he seguido aquí, cf. Domínguez 1996. Adicionalmente, he indicado con mayúsculas la pronunciación enfática fuerte y con subrayado el énfasis leve.

⁵¹ En realidad el texto oral puede contraponerse a todo este aparte, he seleccionado el que me parecía más cercano en contenido.

- *Evidencias de la planificación*, en el texto oral aparecen las huellas de la labor de planificación del texto en curso: hay pausas y alargamientos como en *e... [alargando] [pausa larga], y y aquí hay puntos intermedios*; también pueden considerarse evidencias de este tipo las autocorrecciones que el hablante hace sobre la marcha pero en este texto, sorprendentemente, no hay correcciones de ese tipo, lo que sí aparece, sin embargo, es una altísima frecuencia de repeticiones como en *hay un proceso... hay un proceso largo... y es un proceso que toma... TIEMPO* y también reformulaciones como en *aquí tengo... plan... y producto, simultáneos, al mismo tiempo*, a pesar de tratarse de una clase (¿o quizá por eso?) las ideas se dicen y se vuelven a decir en *un proceso, un proceso largo, un proceso que toma tiempo* y va dando los rasgos uno por uno, fragmentadamente, como dirían a la vez Chafe y Halliday. De más está decir que ninguno de estos rasgos aparece en el texto escrito el cual, justamente, continuaba diciendo: “El habla oral da constantemente evidencias del proceso de planificación necesario para la producción: los cambios de orientación del texto que un hablante puede producir en el curso de la realización oral, los arranques en falso, las correcciones “en línea”, los marcadores de hesitación que interpretamos como tiempo para planificar, el uso de ciertos marcadores de reformulación”...
- La *situación compartida (presencia simultánea)* hacen que, en el texto oral, aparezcan marcadores de apelación directa al interlocutor (¿mm?); referencias a elementos en la situación mediante gestos y deícticos que permiten elidir segmentos lingüísticos enteros (*aquí hay puntos intermedios... [señalando en el pizarrón]; en el otro extremo... en este otro extremo [señalo y escribo]*), que en este texto, por escrito, han aparecido como *del otro lado, cerca del extremo donde están los textos que se corrigen y se vuelven a corregir...* En el texto oral hay también variaciones en la entonación y acentuación discursiva con valor enfático (*plan simultáneo, plan menos simultáneo... CON EL PRODUCTO*) que permiten “insertar” incluso un texto en otro (*y es el que uno quiera tener, o casi el que uno quiera tener (a veces no es tanto)*).

Entre estos dos textos hay otra diferencia que, si seguimos a Chafe, se debe a la variación de registro, esto es: las constantes afirmaciones en primera persona que el hablante hace en el texto oral

si yo estoy planificando... y produciendo, produzco y... corrijo sobre la marcha... y vuelvo... lo mismo que hago cuando estoy escribiendo, solo que cuando estoy escribiendo... produzco, corrijo, rompo la hoja, repito, aparece la hoja en limpio, sobrescribo, vuelvo a escribir, lo vuelvo a ver... y hasta que no quede de acuerdo con lo que yo creo que es lo más adecuado... lo que debe haber en esa página... no se manda a la imprenta... ¿mm?

que se convierten en un modesto y más bien impersonal *nosotros* en el texto escrito.

- Un solo ejemplo para mostrar la variación en la *estructuración del complejo de cláusulas*: si volvemos a considerar el segmento del texto oral que acabo de citar, notaremos que he hecho una especie de “puesta en escena” en la que se desarrolla una serie de eventos que aparentemente buscan expresar la duración, el tiempo que hace falta para que todos esos eventos tengan lugar antes de la producción definitiva del texto escrito. Un proceso tan largo como el que describí oralmente debe haber hecho falta para que, por último, aquí, escribiera esto: *en algunos casos disponemos del tiempo necesario para la organización y la revisión, en otros casos no*. En la oralidad el proceso se separa en oraciones simples que vienen en sucesión mientras que, en el texto escrito, una sola secuencia (con elipsis en el segundo elemento) ha sido producida. Evidentemente esta es, como dije, una comparación simple de los textos, que deberían ser analizados en oraciones y comparados en extensión y estructuración mucho más detalladamente para poder establecer, en los datos, qué tipo de diferencias aparecen en la estructuración sintáctica de los textos orales o escritos y si esta es una variable pertinente que incide según el tipo de texto.⁵²
- Un dato curioso, para terminar, es el siguiente: para decir básicamente lo mismo, han sido necesarias 59 palabras escritas y 256 palabras orales. Probablemente así podemos medir, en parte, la *densidad léxica* a la que se refiere Halliday como rasgo diferenciador entre la oralidad y la escritura, aunque obviamente no se trataría de una suma simple como la que el procesador de palabras ha hecho aquí, sino de una consideración del modo como se ha articulado la referencia y la puesta en palabras de un mismo plan, oralmente o por escrito, lo que se parecería más a la comparación que hemos hecho arriba entre la “puesta en escena” del proceso de planificación oral y la “parca” expresión escrita y estaría en estrecha relación con la variación de la estructuración sintáctica en un tipo de texto o en otro.

Y si intentamos ahora la aplicación de los rasgos que distingue Diana Luz Pessoa (2000), que ya hemos presentado antes, entonces la tabla de comparación aparece como sigue:

		Texto oral	Texto escrito
Tiempo	[± planificación (previa)]	+	+
	[± presencia de las marcas de formulación y reformulación]	+	-
	[± continuidad] / [integración]	-	+

⁵² Un análisis comparativo de este tipo ocupa mi atención desde hace algunos años, sin embargo, sobrepasa los límites de este trabajo pues, en realidad, comienza por la revisión de lo que consideraremos unidad básica de análisis sintáctico. Incluso un concepto “clásico” como el de oración, se tambalea cuando tenemos que enfrentarnos al texto oral.

		Texto oral	Texto escrito
Espacio	[± presencia de los interlocutores]	+	-
	[± presencia del contexto de situación]	+	-
Actores	[± construcción colectiva del texto]	+	-
	[± distanciamiento de la enunciación]	-	+
	[± formalidad]	-	+
	[± simetría entre los interlocutores]	-	-

Puesto que se trata, en ambos casos, de un discurso académico, podemos suponer, en ambos, el tipo de texto argumentativo que suele aparecer en estos casos. También, por esa misma razón, se trata de textos planificados previamente y son, además, planificables, pues en ambos casos se impone la preparación previa de la estructura del texto, la diferencia entre uno y otro consiste en que el texto oral (la clase) se edita contemporáneamente con la producción mientras que el texto escrito se edita y re-edita mucho antes de llegar a su receptor. Lo que debe ser la razón para que, en el texto oral, aparezcan las “marcas de formulación y reformulación” que en el texto escrito no aparecen y, además, para que en el primero haya una menor (o, más bien, distinta) complejidad estructural que en el segundo.

La presencia simultánea del emisor y de sus interlocutores, es, como he comentado arriba, la causa segura por la que aparecen, en el texto oral, marcadores interlocutivos (*¿mm?*, en el segmento que considero aquí pero, también, probablemente *¿no?* *¿me siguen?* *¿me explico?* *¿no creen?*) que seguramente esperan la respuesta del interlocutor, aunque esta solo sea expresada por la dirección de la mirada pues, en realidad, no se producen esperando una respuesta de otro tipo (que resultaría inadecuada e interrumpiría el curso de la exposición de la clase y, además, expresaría una cierta falta de cortesía si se produjera y si se produjera siempre). También, como vimos arriba, la co-presencia de los interlocutores permite la deixis exofórica (*aquí, allí, esto*) que el texto escrito acepta de modo distinto.

He marcado positivamente el rasgo [construcción colectiva del texto] aunque, ciertamente, una clase no permite una verdadera construcción de este tipo, sin embargo, en algunos casos sucede, las clases “interactivas”, los seminarios, las exposiciones y discusiones se ajustan más a este tipo que la “clase magistral” (en cualquier caso, la posibilidad siempre está abierta). Lo que ciertamente distingue las dos versiones (oral y escrita) de la exposición de este asunto es la relación de “cercanía” o distanciamiento que el emisor establece con su texto en una u otra “versión” y que, muy sucintamente, queda mostrada por la variación entre la preferencia por el uso de la 1ª persona singular en el texto oral, *versus* la preferencia por la 1ª persona plural en el texto escrito. En un continuo [± formalidad] una clase es, ciertamente, menos formal que la escritura, aunque sea más formal que una conversación “en el pasillo” de la misma universidad. Por último, ambas situaciones son, ciertamente, asimétricas. En el caso de la clase esta asimetría se evidencia por la incapacidad de todos los interlocutores para tomar la palabra tanto o por tanto tiempo, en virtud del supuesto saber que uno,

y solo uno, de los participantes tiene; quizá sea más simétrica la relación escritor-lector pues, en este caso, el lector (los interlocutores, de nuevo en plural, del texto escrito), podrá decidir si leer o no, si le interesa o no, si entiende o no lo que se le plantea, opciones que, como sabemos, el interlocutor de una clase normalmente no tiene.

Nos enfrentamos entonces al problema de la determinación de los *tipos (géneros, registros) textuales* como paso inicial del análisis. Los rasgos que he presentado constituyen un conjunto de criterios que sirven, en efecto para distinguir la oralidad de la escritura pero que hacen algo más, a saber: son criterios para “tipologizar” los textos de acuerdo con su ubicación en el continuo, y es que, en efecto, para considerar adecuadamente las diferencias entre oralidad y escritura, parece necesario un paso previo (o coincidente) que consistiría en establecer una cierta homogeneidad, una cierta tipología, que nos permita mostrar de qué manera, en efecto, en su realización lingüística, no es lo mismo una conversación “casual” entre amigos que una conversación con el rector y que (como, espero, ha quedado evidenciado aquí) no es lo mismo escribirlo en un libro que decirlo en clase... Al descubrir la homogeneidad entre ciertos textos, en los tipos, estaremos también poniendo en evidencia, una vez más, la heterogeneidad del sistema pues, también en este nivel, el hablante tiene que optar.

5. Sintaxis de la lengua oral

La enunciación supone la conversión individual de la lengua en discurso. Aquí la cuestión - muy difícil y todavía poco estudiada- es ver cómo el «sentido» se forma en «palabras», en qué medida puede distinguirse entre las dos nociones y en qué términos describir su interacción. (Benveniste 1977 [1970]:83-4)

Hasta aquí he presentado “los términos” de esta exposición, los fundamentos teóricos en los que se sustenta. He dicho LENGUA, puesto que hoy, como siempre, este es nuestro objeto de estudio, nuestro punto de apoyo satisfactorio para el espíritu. Podemos concebirla como un sistema *dinámico*, que se ajusta “a las exigencias que le hacemos”⁵³ y que opera en todos los niveles del ejercicio lingüístico; podemos concebirla como un sistema *heterogéneo* que ofrece, en una jerarquía de subcódigos, las opciones que, como quería Jakobson, el hablante seleccionará “en función de su interlocutor, de la situación de enunciación y de la razón de ser de su mensaje”, por lo menos.

Si concebimos el sistema como conjunto de subsistemas, en una perspectiva funcional, se impone entonces la descripción cabal de su variedad, tenemos que poder decir qué es lo posible, lo imposible, lo necesario, lo marcado y lo no marcado, lo sistémico y lo preferido.

Así, cuando un hablante reconoce que una cosa es hablar y otra es escribir, cuando ese mismo hablante se “dispone” al texto de una manera diferente según este sea oral o escrito podemos (y, creo, debemos) asumir que nos está mostrando parte del sistema, que nos está indicando de qué manera este está configurado.

Lo que aquí se propone entonces es un acercamiento a uno de los subsistemas de la lengua (de las lenguas), quizá un subsistema que determina otros a su vez, aquí nos acercaremos a lo que quiero llamar, estrictamente, *lengua oral* y, muy en particular, a la **sintaxis de la lengua oral**.

Hay, por supuesto, un problema de perspectiva que debemos resolver. Podemos seguir considerando la oralidad como hasta ahora, marginal e “individual”, cuando no como una forma desviada del “buen decir”, o bien podemos considerarla como una variedad textual en sí misma, una variedad que quizá no ha sido nunca tan bien caracterizada como cuando la hemos querido excluir. Podemos considerarla como una “variedad de la lengua escrita” o, de nuevo, como una opción en sí misma.

⁵³ Halliday (1975:146), “La naturaleza del lenguaje está íntimamente relacionada con las exigencias que le hacemos, con las funciones que debe cumplir”.

Si, como he dicho, se ha prescindido –o casi– de la variación y de las variedades idiomáticas, es porque se ha operado con el postulado de que entre las diversas modalidades de uso de una lengua –y en especial por lo que concierne a la sintaxis– se da una mera gradación escalar, gradación que solo merece ser contemplada en términos de confrontación valorativa. En lugar de admitir que no todas responden, ni pueden responder, a idéntica planificabilidad sintáctica –y de ahí que se sirvan de técnicas constructivas en parte distintas–, hay empeño en reducir las diferencias a una cuestión de grados. La sintaxis propia del coloquio se considera menos elaborada, más simple, sencilla y reducida (por lo que a menudo es calificada de “pobre” o “primitiva”) que la correspondiente a los registros formales y cultos, especialmente la que ofrecen los textos escritos y literarios, de superior trabazón sintáctica (más “madura” y “rica”, se dice). *Cualquiera de esas nociones, para ser operativa, debería ser precisada* (haría falta saber, por ejemplo, si, cuando se dice que una expresión es más simple, se quiere dar a entender que resulta más fácil de aprehender, de emitir o de descodificar), y, en todo caso, definida en función de la adecuación de las secuencias que se emplean o dejan de emplearse al tipo de acto comunicativo. (Narbona 1996a:227-8, subr. mío)

Lo que tenemos que proponer entonces es una consideración “paradigmática” de la oralidad que nos permita saber cómo esta se configura en su particularidad, en su *textura*,⁵⁴ esto es, las condiciones que hacen del texto oral un texto, el modo como organiza las relaciones de cohesión y coherencia, los elementos de los que deriva su efectividad como texto y, al mismo tiempo, nos permita empezar a comprender cómo esta configuración particular de la oralidad forma parte, a su vez, del sistema. El texto oral muestra, en efecto, la tachadura (y esto ya es valorativo), muestra las evidencias de su planificación, tiene arranques en falso y hesitaciones, usa los marcadores textuales como mecanismos de relación tanto intratextual como interlocutiva, presenta y organiza la información de manera distinta al texto escrito, utiliza los recursos gramaticales de la lengua de manera distinta, y todo esto apenas comenzamos a considerarlo sistemáticamente en su particularidad.

Varias consecuencias se derivan de este punto de vista. En primer lugar, si la oralidad debe ser estudiada en su diferencia, también la escritura debería comenzar a serlo pues, a pesar de haber sido favorecida por la tradición gramatical, también hemos ignorado, en su caso, que tiene condiciones específicas de producción y recepción.

También, una sintaxis de este tipo debe empezar planteándose cuáles son las unidades de análisis de las que se puede valer. Así, por ejemplo, una unidad de análisis clásica (y básica) en el análisis sintáctico, como es la *oración*, ha sido explicada reiteradamente a partir de datos provenientes de la escritura (cuando no lo ha sido por aproximaciones intuitivas o introspectivas) mientras que, en su definición teórica, parece apoyarse más bien en datos de la lengua oral. Solo hay que considerar la definición que presenta la Academia en 1973 y, después, Alarcos en 1994, para notar esta inconsistencia:

⁵⁴ Entiendo aquí el concepto de manera muy cercana a Halliday y Hasan 1976, donde este se propone.

La oración es la unidad más pequeña de sentido completo en sí misma en que se divide el habla real. (Academia 1973: 249-50)

La secuencia de signos proferida por un hablante (manifestada por una combinación de fonemas sucesivos) queda delimitada entre el silencio previo a la elocución y el que sigue a su cese, y va acompañada por un determinado contorno melódico o curva de entonación. (Alarcos 1994: 255)

Esta condición de la definición teórica de la oración,⁵⁵ que ha sido, por decir lo menos, difusa, tiene no pocas complicaciones cuando tratamos de aplicarla al análisis de la lengua oral en su condición de tal y no por aproximaciones o bien “ajustes” (del concepto y de los datos) que permiten, en efecto, segmentar oraciones después de haber “borrado” las evidencias de la oralidad e ignorado repeticiones, hesitaciones y marcadores, entre otras cosas.

Al finalizar la sección anterior afirmaba que la investigación que nos lleve a mostrar las diferencias entre la oralidad y la escritura debe, necesariamente, pasar por una tipologización de los textos, esto es, por la consideración de tipos de texto, lo cual equivale a decir que tenemos que recoger muestras adecuadas a ese supuesto de que hay, en efecto, tipos diferentes de textos y que estos, a su vez, determinan opciones diferentes en el uso de la lengua y, en primer lugar, que la diferencia entre textos orales y textos escritos es básica.

Ahora bien, lo que he dicho hasta aquí no debe hacernos pensar que no ha habido, hasta ahora, interés por la lengua oral. La recolección de datos que permiten el análisis de la lengua oral no es reciente y, en Venezuela (para referirme solo a los corpora que conozco en su realización), tenemos muestras, muchas y variadas, que han servido incluso de referencia para la constitución de otras similares en nuestra lengua.⁵⁶ El corpus enorme para el *Estudio coordinado de la Norma Lingüística Culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la península Ibérica*, representa quizá el esfuerzo más consistente para tener una muestra de habla que, por una vez, consideraba en primer lugar a los hablantes del “nuevo mundo”. Esta muestra incluía hombres y mujeres, de diferentes grupos etarios y en distintas variedades de uso pues había en él entrevistas con un informante (en diálogo con el encuestador), diálogos entre dos informantes, conferencias (uso formal/institucional de la lengua oral) y encuestas secretas (uso informal/coloquial), con la única limitante de que solo la variedad sociolingüística llamada “culta” fue incluida.

El corpus de la *Norma culta* fue, sin embargo, el antecedente necesario para otros corpora que sí incluían variación sociolingüística, como el que se recogió en

⁵⁵ En Rojo 1975 puede encontrarse una profunda revisión del concepto. Por su parte, Beaugrande 1999 enumera los “sentidos” que, según los tiempos y las teorías, ha tenido este concepto. También, Chafe 1987, 1994 intenta una definición de la unidad básica de la sintaxis de la oralidad.

⁵⁶ En Cortés Rodríguez 1994 y 1996 se pueden encontrar muy completas reseñas de la investigación hecha en el ámbito hispánico, desde el “período pre-magnetofónico” hasta nuestros tecnológicos días. Igualmente, Humberto López Morales 1996 revisa los “corpora orales hispánicos” con un énfasis similar al mío en lo que respecta a las muestras de habla venezolana.

Caracas en 1977 (bajo la dirección de Paola Bentivoglio) y el que se recogió en 1987 (bajo la misma dirección) y que, de manera fundamental, fue el modelo para una muestra nacional que incluyera a Mérida, Maracaibo, Valencia, Guayana, con el objetivo de preparar una *Gramática de Referencia del Español hablado en Venezuela* (proyecto GREHV).⁵⁷ Gracias a ese esfuerzo contamos con una muestra comparable tanto en el estilo de las conversaciones que se grabaron como en las variables extralingüísticas que se consideraron. Muestras de habla venezolana, pues, tenemos.⁵⁸

Y si muestras ha habido, trabajos sobre ellas muchos más, y hacer una revisión o, incluso, la pura mención de ellos sería objeto de un trabajo en sí mismo.⁵⁹ Solo hay que hacer notar que, en muchos de estos trabajos se hace el análisis del español sin distinguir la variedad particular que se está considerando. Hemos estudiado el *español hablado* o el *español coloquial*, algunos tipos del *español escrito* y, la más de las veces, simplemente, el *español*, suponiendo una lengua homogénea donde, ciertamente, hay mucho en común pero, también, enorme variedad.

Hemos pues considerado el habla y el uso oral desde variadas perspectivas pero pocas veces hemos mirado directamente cómo se configura el uso, no los usos dialectales o la variación externa, o lo “exótico” de ciertos usos en relación con una cierta norma, general, escrita o académica... sino lo probable, lo posible y lo necesario, los rasgos que caracterizan “paradigmáticamente” el uso oral; nos falta entender cabalmente cómo varían los textos entre sí, cuáles son las condiciones que permiten esta variedad, cómo se organizan y, también, cuáles son los mecanismos que, independientemente de su variedad, realizan la misma opción en el sistema. Nos queda pues pendiente el programa que nos propuso Benveniste, nos queda por saber cómo es verdaderamente la textura oral, como el sentido “se forma en palabras”, cómo varían (el sentido y las palabras) según estemos hablando o escribiendo, “en qué medida puede distinguirse entre las dos nociones y en qué términos describir su interacción”.

⁵⁷ El Corpus Sociolingüístico de Mérida es la muestra merideña para esta Gramática.

⁵⁸ Quien dice *muestras de habla* dice también *sistemas de transcripción*, hay muchos y muy variados, en Domínguez y Mora 1998 aparece el que se siguió para el *Corpus Sociolingüístico de Mérida*. Igualmente Bentivoglio y Sedano 1993 presentan el conjunto de criterios que se sigue en el proyecto general de la GREHV. También Briz 2000 recoge los que ha utilizado para sus transcripciones.

⁵⁹ Luis Cortés Rodríguez lo ha emprendido (cf., especialmente, Cortés 1994).

Referencias bibliográficas

- ACADEMIA, Real Española. 1973. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ALARCOS LLORACH, Emilio. 1994. *Gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ÁLVAREZ MURO, Alexandra. 2000. *Poética del habla cotidiana*. Mérida: Universidad de Los Andes, Grupo de Lingüística Hispánica.
- BEAUGRANDE, Robert de. 1993. 'Register' in Discourse Studies: A concept in search of a theory. En Mohsen Ghadessy, ed. *Register Analysis: Theory and practice*, 7-25. London: Pinter.
- BEAUGRANDE, Robert de. 1999. Sentence first, verdict afterwards: On the remarkable career of the "sentence". *WORD* 50-1, 1-31.
- BEINHAEUER, Werner. 1978. *El español coloquial*. Madrid: Gredos.
- BELLO, Andrés. 1972 [1847]. *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Caracas: Ministerio de Educación.
- BENTIVOGLIO, Paola y Francesco D'INTRONO. 1989. Orden de palabras y posición del sujeto en el español de Caracas. En Páez, Fernández y Barrera (eds.) *Estudios filológicos y lingüísticos*, 51-61. Caracas: Universidad Simón Bolívar.
- BENTIVOGLIO, Paola y Mercedes SEDANO. 1993. Investigación sociolingüística: sus métodos aplicados a una experiencia venezolana. *Boletín de Lingüística* 8, 3-35.
- BENVENISTE, Émile. 1970. El aparato formal de la enunciación. En *Problemas de lingüística general II*, 82-91. México: Siglo XXI.
- BLANCHE-BENVENISTE, Claire. 1998. *Estudios lingüísticos sobre la relación entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa.
- BRIZ, Antonio. 1998. *El español coloquial en la conversación*. Barcelona: Ariel.
- BRIZ, Antonio, José Gómez, María José Martínez y grupo Val.Es.Co., eds. 1996. *Pragmática y gramática del español hablado*. Zaragoza: Pórtico.
- BRIZ, Antonio y grupo Val.Es.Co. 2000. *¿Cómo se comenta un texto coloquial?*. Barcelona: Ariel.
- CHAFE, Wallace. 1979. The flow of thought and the flow of language. En Givón, ed. 159-181.
- CHAFE, Wallace. 1982. Integration and involvement in speaking, writing and oral literature. En Tannen, ed. 35-53.
- CHAFE, Wallace. 1987. Cognitive constraints of information flow. En Tomlin, ed. 21-51.
- CHAFE, Wallace. 1994. *Discourse, consciousness and time*. Chicago: Chicago University Press.
- CHOMSKY, Noam. 1971 [1965]. *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar.
- CHOMSKY, Noam. 1974a [1957]. *Estructuras sintácticas*. México: Siglo XXI.
- CHOMSKY, Noam. 1974b. Prólogo a la edición española. En Chomsky 1974a.
- CICERÓN. 1991 [46 a.C]. *El orador*. Madrid: Alianza.
- CLARK, Herbert H. y Eve V. CLARK. 1977. *Psychology and language. An introduction to psycholinguistics*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, inc.
- CORTÉS RODRIGUEZ, Luis. 1994. *Tendencias actuales en el estudio del español hablado*. Almería: Universidad de Almería.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis. 1996. Panorama de la investigación sobre lengua oral. En Briz y otros, eds. 51-64.
- COSERIU, Eugenio. 1973 [1952]. Sistema, norma y habla. En *Teoría del lenguaje y lingüística general*, 11-113. Madrid: Gredos.
- DOMÍNGUEZ, Carmen Luisa. 1996. El habla de Mérida: un corpus de estudio. *Lengua y Habla* 1, 2.

- DOMÍNGUEZ, Carmen Luisa. 1998. *Sintaxis: el siglo XX*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- DOMINGUEZ, Carmen Luisa y Elsa MORA. 1998. *El habla de Mérida*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- DuBOIS, John. 1985. Competing motivations. En Haiman, ed. 341-65.
- GIVÓN, Talmy, ed. 1979. *Discourse and syntax. Syntax and Semantics 12*. New York: Academic Press.
- GIVÓN, Talmy. 1990. *Functionalism and grammar*. Amsterdam: John Benjamins.
- HAIMAN, John (ed.). 1985. *Iconicity in syntax*. Amsterdam: John Benjamins.
- HALLIDAY, Michael A.K. 1975. Estructura y función del lenguaje. En John Lyons, comp. *Nuevos horizontes de la lingüística*, 145-94. Madrid: Alianza.
- HALLIDAY, Michael A.K. 1982. *El lenguaje como semiótica social*. México: Fondo de cultura económica.
- HALLIDAY, Michael A. K. 1989. *Spoken and written language*. Oxford: Oxford University Press.
- HALLIDAY, M. A. K. 1991. Towards probabilistic interpretations. En Eija Ventola (ed.). *Functional and Systemic Linguistics*, 39-61. Berlin: Mouton de Gruyter.
- JAKOBSON, Roman. 1984. *Une vie dans le langage*. Paris: Seuil.
- KOTSCHI, Thomas, Wulf OESTERREICHER y Klaus ZIMMERMANN (eds.). 1996. *El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica*. Madrid: Vervuert.
- LEVELT, W. J-M. 1981. The speaker's linearization problem. *Phil. Trans. R. Soc. Lond.* **B 295**, 305-315.
- LINDE, Charlotte y William LABOV. 1975. Spatial networks as a site for the study of language and thought. *Language* 51-4, 924-39.
- LÓPEZ MORALES, Humberto. 1996. *Corpora orales hispánicos*. En Briz y otros, eds. 137-45.
- LURIA, Aleksander R. 1979. *Conciencia y lenguaje*. Madrid: Visor.
- LURIA, Aleksander R. 1980. *Los procesos cognitivos*. Barcelona: Fontanella.
- MARTINET, André. 1972. *Elementos de lingüística general*. Madrid: Gredos.
- MATHESIUŠ, Vilém. 1980 [1936]. Sobre algunos problemas del análisis sistemático de la gramática. En Trnka y otros. 85-103.
- NARBONA, Antonio. 1996a. Sintaxis y pragmática en el español coloquial. En Kotschi , Oesterreicher y Zimmermann, eds. 223-243.
- NARBONA, Antonio. 1996b. Sintaxis del español coloquial: algunas cuestiones previas. En Briz y otros, eds. 157-75.
- OCHS, Elinor. 1979. Planned and unplanned discourse. En Givón, ed. 51-80.
- PAWLEY, Andrew y Frances SYDER. 1983. Natural selection in Syntax: Notes on adaptive variation and change in vernacular and literary grammar. *Journal of Pragmatics* 7, 551-79.
- PESSOA DE BARROS, Diana Luz. 2000. Entre a fala e a escrita: algumas reflexões sobre as posições intermediárias. En Preti, org. 57-77.
- PRETI, Dino (org.). 1994. *Análise de textos orais*. São Paulo: FFLCH-USP.
- PRETI, Dino (org.). 1997. *O discurso oral culto*. Sao Paulo: Humanitas.
- PRETI, Dino (org.). 1998. *Estudos de língua falada, variações e confrontos*. Sao Paulo: Humanitas.
- PRETI, Dino (org.). 2000. *Fala e escrita em questão*. Sao Paulo: Humanitas.
- PRETI, Dino y Hudinilson URBANO (orgs.). 1990. *A linguagem falada culta na cidade de São Paulo, vol. IV: Estudos*. São Paulo: FAPESP.
- ROJO, Guillermo. 1975. *Cláusulas y oraciones*. Verba, anejo 14. Santiago de Compostela: Universidad.
- SAUSSURE, Ferdinand de. 1973. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.

- SEDANO, Mercedes. 1990. *Hendidadas y otras construcciones con ser en el habla de Caracas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- TANNEN, Deborah (ed.). 1982. *Spoken and written language: Exploring orality and literacy*. Norwood: Ablex.
- TRNKA, Bohumil, Vilém MATHESIUS, Nikolai S. TRUBETZKOY, Josef VACHEK y Roman JAKOBSON. 1980. *El Círculo de Praga*. Barcelona: Anagrama.
- URBANO, Hudinilson. 1998. Variedades de planeamiento no texto falado e no escrito. En Preti, org.. 131-151.
- VARIOS AUTORES. 1980 [1929]. Las Tesis de 1929. En Trnka y otros. 30-63.
- VYGOTSKY, Lev S. 1977. *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires: La pléyade.